

**Exploración de los símbolos del silencio y el espejo como Herramienta del
Totalitarismo y la Resistencia en 'Yo el Supremo' de Augusto Roa Bastos: Un Análisis
desde la Novela del Totalitarismo**

[Nikoll Edelayne Hernandez Sanchez](#)

Universidad Del Valle
Facultad de Ciencias del Lenguaje
Programa Lenguas Extranjeras
Santiago de Cali
2024

Agradecimientos

Agradecimientos

Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a todas las personas e instituciones que hicieron posible la realización de este trabajo de grado y que, de distintas maneras, me acompañaron en este camino.

En primer lugar, agradezco profundamente a mi profesor **Luis Velasco**, por su paciencia inagotable, su guía constante y su apoyo en la construcción de este proyecto. Su orientación ha sido fundamental en este proceso y su confianza en mí ha sido un pilar en los momentos de dificultad.

A los profesores que tuve a lo largo de la carrera, porque gracias a su enseñanza y vocación aprendí a amar el arte de enseñar. Cada una de sus lecciones no solo me brindó conocimiento, sino también inspiración para compartirlo con otros.

A la **Universidad del Valle**, por darme la oportunidad de estudiar en una de las mejores universidades de Colombia. Gracias a esta institución, pude cumplir el sueño de convertirme en la primera persona de mi familia en acceder a la educación pública, un logro que siempre llevaré con orgullo y gratitud.

A mis compañeros de clase, quienes en los momentos más difíciles me brindaron su apoyo, guiándome cuando aprender se tornaba complicado y confiando en mí cuando fui yo quien pudo acompañarlos en esta travesía académica. Su amistad y solidaridad han sido invaluable en este proceso.

Finalmente, a la **Escuela de Ciencias del Lenguaje**, por el respaldo constante en cada etapa de este trabajo de grado. En los momentos de duda y dificultad, encontré en esta comunidad académica el apoyo y la orientación que necesitaba para continuar y finalizar este proyecto.

A todos ustedes, gracias por ser parte de este camino.

Dedicatoria

Por encima de todo, dedico este trabajo a **Dios**, quien me ha dado salud, paciencia y sabiduría durante todo este proceso. Gracias por darme la fuerza y la constancia para seguir adelante en los momentos difíciles, por rodearme siempre de cosas positivas y por guiarme con tu amor infinito en cada paso de mi vida.

A mis padres, **Olga y Carlos**, porque sin su apoyo incondicional, esta aventura no habría sido posible. Gracias por animarme a seguir adelante, por creer en mí cuando más lo necesitaba y por darme la fuerza de querer hacerlos sentir orgullosos. Su amor ha sido mi motor en los momentos más desafiantes de esta carrera.

A mi hermana mayor, **Nayibe**, mi heroína y mayor inspiración. Gracias por ser el ejemplo de la mujer fuerte y valiente que siempre he admirado. Tu apoyo y tus palabras me han acompañado en cada paso, impulsándome a seguir tus huellas con determinación y amor.

A mis hermanas **Jennifer y Katherine**, porque sé cuánto han luchado por sus sueños, y con su esfuerzo me enseñaron la importancia de aprovechar cada oportunidad. Gracias por alentarme siempre a dar lo mejor de mí en esta gran oportunidad de estudiar en la universidad pública.

A mi hermano **Ryan**, quien vivió conmigo cada paso de esta travesía, quien me ayudó tantas veces en mis trabajos, incluso recortando mi material didáctico, y quien sufrió y sudó este camino junto a mí. Espero que mi esfuerzo sea para él un ejemplo de resiliencia y trabajo duro, porque todo lo que he logrado también es para él.

A mi abuelita **Rosa**, que en paz descanse. Antes de partir, supo que entraría a la universidad y celebró conmigo esa noticia con la misma emoción. Abuelita, lo logré por ti. Este triunfo es tuyo, porque tu amor y tu bendición me han acompañado siempre.

A mis mejores amigos, **Valentina y Stevan**, porque en mis momentos más difíciles fueron mi refugio y mi apoyo. Gracias por estar ahí cuando no tenía dinero, por comprarme comida, por

llevarme a la universidad cuando lo necesitaba y, sobre todo, por animarme en cada proceso. Su amistad ha sido un regalo invaluable.

A mis fieles compañeros, **Nieve y Suzy**, que en paz descanse. En mis noches de desvelo en la creación de este trabajo, siempre estuvieron a mi lado, dándome su amor incondicional y reconfortándome con su presencia.

A todos ustedes, gracias por ser parte de este sueño hecho realidad.

Índice

Resumen	6
Abstract	7
Introducción	8
Planteamiento del problema	10
Justificación	13
Objetivos	15
Objetivo general	15
Objetivos específicos	15
Marcos de referencia	16
Antecedentes	16
Marco conceptual	21
El Simbolismo	21
Dialogismo	25
El Totalitarismo	27
Novelas del totalitarismo	30
Teoría postcolonial	32
Conceptos clave	35
Metodología	38
Tipo de investigación	38
Enfoque de la investigación	38
Fuente de información	39
Etapas de la investigación	39
Análisis de la obra	42
El simbolismo del silencio en la novela "Yo el Supremo" de Augusto Roa Bastos.	42
Silencio como herramienta de poder y represión	43
Silencio como aislamiento y soledad del poder	47
Silencio como introspección y reflexión	50
Silencio como resistencia y subversión	52
El simbolismo del espejo en la novela "Yo el Supremo" de Augusto Roa Bastos	55
El espejo como símbolo de introspección	56
La ilusión del poder y la realidad distorsionada	59
El espejo como reflejo de la dualidad	61
El simbolismo de la oralidad en la novela "Yo el Supremo" de Augusto Roa Bastos	62
La interrelación entre el silencio y el espejo en el contexto del totalitarismo	68
El silencio	69
El espejo	70
La interacción entre silencio y espejo	71
Silencio, espejo y oralidad	74
Oralidad y silencio: Una lucha por la voz	75
Oralidad y espejo: La distorsión de la verdad	76

La postcolonialidad en “Yo el Supremo”: Poder, lenguaje y resistencia	77
Crítica al totalitarismo: el silencio y el espejo como metáforas de la decadencia	78
Conclusión	80
Referencias bibliográficas	83

Resumen

La investigación se centra en el análisis del simbolismo del silencio y el espejo en la novela *Yo el Supremo* de Augusto Roa Bastos, con el propósito de explorar cómo estos elementos representan y critican las dinámicas del poder totalitario. El problema central radica en la necesidad de desentrañar las capas simbólicas de la obra y comprender cómo estos símbolos operan para revelar los mecanismos de control, la corrupción y la decadencia del régimen de Gaspar Rodríguez de Francia.

El objetivo general es analizar el uso de estos símbolos para cuestionar y deconstruir las estructuras autoritarias en el contexto narrativo de la novela. Metodológicamente, se adoptó un enfoque cualitativo con análisis simbólico, utilizando los postulados de Cassirer y Jung para interpretar los significados profundos del silencio y el espejo como mediadores entre las dinámicas del poder y la psique del dictador.

Entre los resultados, se evidencia que el silencio es utilizado tanto como herramienta de opresión como espacio para la introspección, mientras que el espejo simboliza la dualidad y el enfrentamiento del dictador con sus contradicciones internas. La interrelación entre ambos revela cómo el autor utiliza estos símbolos para exponer la fragilidad del poder absoluto.

En las conclusiones, se reafirma que *Yo el Supremo* no sólo critica los regímenes autoritarios, sino que también invita a reflexionar sobre la relación entre lenguaje, poder y resistencia, destacando la relevancia de la literatura como espacio para cuestionar las narrativas hegemónicas.

Palabras clave: silencio, espejo, totalitarismo, simbolismo, Augusto Roa Bastos.

Abstract

The research focuses on the analysis of the symbolism of silence and the mirror in the novel *Yo el Supremo* by Augusto Roa Bastos, with the purpose of exploring how these elements represent and criticize the dynamics of totalitarian power. The central problem lies in the need to unravel the symbolic layers of the work and understand how these symbols operate to reveal the mechanisms of control, corruption and decadence of the regime of Gaspar Rodríguez de Francia.

The general objective is to analyze the use of these symbols to question and deconstruct authoritarian structures in the narrative context of the novel. Methodologically, a qualitative approach with symbolic analysis was adopted, using the postulates of Cassirer and Jung to interpret the deep meanings of silence and the mirror as mediators between the dynamics of power and the psyche of the dictator.

Among the results, it is evident that silence is used both as a tool of oppression and as a space for introspection, while the mirror symbolizes the duality and the confrontation of the dictator with his internal contradictions. The interrelation between the two reveals how the author uses these symbols to expose the fragility of absolute power.

In the conclusions, it is reaffirmed that *Yo el Supremo* not only criticizes authoritarian regimes, but also invites us to reflect on the relationship between language, power and resistance, highlighting the relevance of literature as a space to question hegemonic narratives.

Key words: silence, mirror, totalitarianism, symbolism, Augusto Roa Bastos.

Introducción

La literatura latinoamericana se ha caracterizado por abordar temas profundamente arraigados en la historia y las dinámicas sociales de la región. Entre estos temas, el autoritarismo, el poder totalitario y la lucha por la identidad cultural han ocupado un lugar central. “Yo el Supremo” de Augusto Roa Bastos se inscribe dentro de esta tradición, constituyéndose como una obra que, a través de una narrativa compleja y simbólica, examina los mecanismos de poder, las tensiones del lenguaje y las contradicciones inherentes al ejercicio del control absoluto. Publicada en 1974, la novela no solo retrata la figura histórica de Gaspar Rodríguez de Francia, dictador perpetuo del Paraguay, sino que también utiliza su vida y gobierno como un prisma para analizar los regímenes totalitarios y sus implicaciones en el ámbito psicológico, social y político.

En este contexto, la presente investigación busca profundizar en el análisis de dos de los símbolos más significativos en “Yo el Supremo”: el silencio y el espejo. Ambos elementos operan como herramientas narrativas y simbólicas que permiten al autor cuestionar las dinámicas del poder totalitario. El silencio, entendido como ausencia de sonido y represión de la palabra, se presenta en la novela como un medio para consolidar el control político y como un espacio de introspección que revela las fragilidades del régimen. Por su parte, el espejo, símbolo de reflexión e introspección, expone las dualidades internas del dictador, poniendo en evidencia las tensiones entre la imagen pública que proyecta y las contradicciones privadas que lo consumen.

El análisis de esta investigación se fundamenta en los postulados de Ernst Cassirer y Carl Gustav Jung, cuyos enfoques teóricos permiten interpretar los símbolos como mediaciones dinámicas entre el individuo y su entorno. Cassirer considera los símbolos como formas que estructuran la experiencia humana y otorgan sentido a la realidad. Desde esta perspectiva, el silencio y el espejo en “Yo el Supremo” no solo representan aspectos del poder totalitario, sino que también estructuran las relaciones entre el dictador y su entorno. Por su parte, Jung ofrece un enfoque psicológico, considerando los símbolos como manifestaciones del inconsciente colectivo e individual. Desde esta óptica, el espejo opera como un medio para explorar las tensiones internas del dictador, mientras que el silencio revela las dinámicas reprimidas de su psique.

La investigación emplea un enfoque cualitativo y un método de análisis simbólico para examinar los elementos narrativos y simbólicos de la novela. A través de la identificación y análisis de pasajes clave, se busca interpretar cómo el silencio y el espejo

operan como dispositivos narrativos y simbólicos en el texto. Este análisis se complementa con una triangulación teórica que integra las perspectivas de Cassirer y Jung, enriqueciendo la comprensión de los símbolos y su papel en la crítica al poder totalitario.

Bajo este espectro, el documento se divide en varios capítulos que desarrollan los objetivos específicos y el objetivo general de la investigación. En el primer capítulo, se presenta el marco teórico, donde se exponen los postulados de Cassirer y Jung, así como otras perspectivas relevantes para el análisis simbólico. El segundo capítulo se centra en el análisis del silencio como símbolo, explorando sus diversas manifestaciones y significados en la novela. El tercer capítulo aborda el simbolismo del espejo, examinando su papel en la construcción de las dualidades del dictador. En el cuarto capítulo, se establece la interrelación entre el silencio y el espejo, destacando cómo estos símbolos se complementan para criticar el autoritarismo y su decadencia. Finalmente, la investigación concluye con un capítulo de conclusiones que sintetiza los hallazgos y reflexiona sobre las implicaciones del estudio para la comprensión de la literatura y el poder totalitario.

La relevancia de este estudio radica en que permite comprender cómo Roa Bastos utiliza estos símbolos no solo para retratar la figura del dictador, sino también para explorar las complejidades del poder y sus efectos deshumanizantes. En un contexto histórico en el que América Latina se encontraba marcada por dictaduras militares y regímenes autoritarios, “Yo el Supremo” ofrece una crítica literaria y simbólica que trasciende su tiempo, brindando herramientas para reflexionar sobre el autoritarismo y sus implicaciones en el presente.

Este trabajo no solo contribuye al análisis literario de “Yo el Supremo”, sino que también ofrece herramientas para reflexionar sobre las dinámicas del poder y la resistencia en contextos de opresión. Al examinar los símbolos del silencio y el espejo desde perspectivas teóricas y literarias, esta investigación arroja luz sobre cómo Roa Bastos utiliza la literatura como un espacio para cuestionar las estructuras de poder y proponer nuevas formas de comprender la realidad.

Planteamiento del problema

En el ámbito de la literatura contemporánea, la novela del totalitarismo emerge como un subgénero novelístico de gran relevancia, cuya poética se configura mediante una profunda conciencia política. La teoría de la genericidad según Jean-Marie Schaeffer ofrece una interesante perspectiva para entender las novelas del totalitarismo como un subgénero novelístico distintivo. Este subgénero no solo comparte similitudes temáticas, formales y poéticas, sino que también refleja la profunda influencia de la conciencia política en su configuración, pues “son obras donde lo político y específicamente, lo totalitario, configuran todos los aspectos estéticos y semióticos del texto, logrando que pasen de ser elementos contextuales a convertirse en motivos centrales” (Calero, 2023, p. 95).

En este contexto, Calero (2023) expone que las novelas del totalitarismo no son simples ficciones desligadas de la realidad, sino que están arraigadas en los regímenes totalitarios reales e históricos. Los autores de estas obras vivieron en carne propia las experiencias opresivas de dichos regímenes, y sus escritos reflejan tanto la resistencia como la represión que enfrentaron, como es el caso de Augusto Roa Bastos, quien vivió en Paraguay durante la dictadura de Higinio Morínigo y posteriormente la de Alfredo Stroessner, lo que lo llevó al exilio, primero en Argentina y luego en Europa (Roniger et al., 2021). Estos exilios forzados no sólo marcaron su vida personal, sino que también influyeron en su producción literaria, pues “Yo el Supremo” es una novela que narra la vida de Gaspar Rodríguez de Francia, dictador de Paraguay, y en ella Roa Bastos proyecta las vivencias de opresión, censura y control que él mismo experimentó bajo el régimen totalitario de Stroessner en la década de los 80’s.

La novela no es una simple ficción alejada de la realidad, sino que está firmemente arraigada en los regímenes totalitarios reales que Roa Bastos vivió en carne propia. La constante vigilancia, la represión de la disidencia, y la censura son temas recurrentes en la obra, reflejando cómo el autor fue testigo directo de estas prácticas. Al igual que otros escritores bajo regímenes dictatoriales, Roa Bastos utilizó su obra como un medio para denunciar los abusos del poder, y la censura que enfrentó durante su vida confirma que el sistema consideraba sus escritos como ataques directos al statu quo (Carini, 2011).

En cuanto a los temas centrales abordados en la obra de Augusto Roa, encontramos una exploración profunda y cruda de la traición al ideario original, la pedagogía del padecimiento, la disolución de la individualidad y la condena inexorable. Estos temas se

entrelazan con la evolución de características formales específicas, como la meticulosa recreación de sistemas totalitarios y el protagonismo otorgado al hombre común como víctima de las circunstancias despiadadas impuestas por el régimen.

En este contexto, la novela "Yo el Supremo" presenta una construcción narrativa profundamente arraigada en la exploración del totalitarismo, donde no solo nos presenta una visión histórica del Paraguay durante el siglo XIX, sino que también nos sumerge en la mente delirante y despiadada de un líder autoritario, cuya obsesión por el poder y la dominación se entrelaza con su compleja psicología.

El simbolismo en la novela, parte de "cuando la mente explora el símbolo se ve llevada a ideas que yacen más allá del alcance de la razón... algo vago, desconocido u oculto" (Jung, 1995, p. 20), situado entre lo que se comunica de manera literal y lo implícito, donde a través de la figura del dictador, Roa Bastos representa la distorsión de la realidad y la identidad bajo el régimen totalitario.

El dictador, concebido como una figura omnipresente y omnisciente, encarna el arquetipo del líder totalitario que se erige como el único y absoluto gobernante de su nación. Su carácter autoritario se manifiesta a través de su capacidad para imponer su voluntad sobre la población, ejerciendo un control absoluto sobre cada aspecto de la vida política, social y cultural del país.

Sin embargo, más allá de su faceta pública como líder indiscutible, la novela nos adentra en la mente del dictador, revelando una complejidad psicológica marcada por el narcisismo y la megalomanía. La obsesión de Rodríguez de Francia por su propia imagen y su deseo de grandiosidad lo llevan a adoptar actitudes despiadadas y delirantes, donde la realidad se distorsiona para ajustarse a su visión egocéntrica del mundo. A quien, además, el poder absoluto corrompe, transformando sus intenciones iniciales de justicia y orden en un régimen de opresión y control. El idealismo revolucionario del dictador, que al principio parecía reflejar buenas intenciones, como consolidar la independencia de Paraguay, proteger al país de amenazas externas (especialmente de las potencias coloniales y los vecinos) y construir una nación soberana, con el tiempo dio paso a un creciente autoritarismo y paranoia. Su enfoque en preservar la soberanía y la estabilidad llevó a una concentración total del poder en su figura. Francia se volvió extremadamente desconfiado de cualquier forma de oposición o disidencia, lo que lo llevó a gobernar con mano de hierro, suprimir las libertades individuales y consolidar un régimen totalitario y llevando al personaje a la consolidación del poder personal y la perpetuación del autoritarismo (Roa Bastos, 1974).

A través de esta construcción narrativa, Roa Bastos no solo nos presenta un retrato histórico del Paraguay colonial, sino que también nos invita a reflexionar sobre la naturaleza del poder y la corrupción, así como sobre las implicaciones psicológicas y sociales del totalitarismo. En este sentido, la novela no solo constituye una obra literaria de gran valor estético, sino también un estudio profundo y crítico de los mecanismos de poder y su impacto en la sociedad.

Dentro de esta exploración del poder totalitario, dos símbolos en particular adquieren una relevancia crucial. El primero de ellos es “el silencio”, el cual se manifiesta como un símbolo de la represión y la desconexión del dictador, reflejando tanto su aislamiento autoimpuesto como la imposición del silencio sobre su pueblo. Por otra parte, “el espejo” simboliza la introspección y la confrontación del dictador con su propia identidad. Estos símbolos permiten adentrarse en la dinámica interna del poder totalitario, ofreciendo una comprensión más profunda de la psicología del dictador y de los mecanismos de represión y autoengaño que sustentan su régimen.

Por tanto, surge la pregunta: *¿Cómo se emplean los símbolos del silencio y el espejo en la novela Yo el Supremo de Augusto Roa Bastos para representar y cuestionar el poder totalitario a través del personaje de Gaspar Rodríguez de Francia?*

Justificación

La realización de esta investigación sobre la novela "Yo el Supremo" de Augusto Roa Bastos desde la perspectiva de la novela del totalitarismo se justifica por varias razones fundamentales. En primer lugar, la relevancia histórica y literaria de la obra de Roa Bastos la sitúa como una pieza clave en el corpus de novelas que abordan el fenómeno del totalitarismo. "Yo el Supremo" ofrece una visión única y profundamente reflexiva sobre las dinámicas del poder y la opresión en el contexto específico del Paraguay siglo XIX, aun cuando el autor experimenta el régimen totalitarista del siglo XX en su país, Roa realiza esta amalgama entre la historia y su presente en el cual quiso reflejar cómo las dinámicas políticas no habían cambiado mucho con el pasar de los años y esto también se hace pertinente en los diferentes escenarios de abuso y opresión orquestados en latinoamérica, lo que la convierte en un objeto de estudio fascinante, oportuno y vigente en la actualidad.

Además, la investigación de esta obra desde la perspectiva de la novela del totalitarismo permite una comprensión más amplia y profunda de los elementos estilísticos, temáticos y políticos que caracterizan este subgénero novelístico. Al analizar cómo Roa Bastos aborda y representa el autoritarismo, el narcisismo, la complejidad psicológica y otros temas relevantes dentro de la novela, podemos enriquecer nuestra comprensión de las diferentes formas en que se manifiesta el totalitarismo en la literatura contemporánea.

Asimismo, esta investigación tiene un impacto significativo en diversos contextos. En el ámbito académico, contribuye al desarrollo y enriquecimiento de la teoría literaria al explorar las intersecciones entre la literatura, la política y la historia. Además, ofrece nuevas perspectivas para el análisis y la interpretación de "Yo el Supremo" y otras obras similares, lo que puede inspirar investigaciones futuras y generar debates enriquecedores dentro de la comunidad académica.

Por otro lado, esta investigación también permite abordar el impacto cultural y social que este tipo de obras genera en la sociedad, reflexionando sobre las razones que motivaron a grandes autores a la creación de obras que exponen regímenes totalitaristas y autoritarios, desde Ramón del Valle, hasta Gabriel Garcia Marquez y Vargas Llosa, encontrando su correlación en una profunda herida abierta que atraviesa a los pueblos de América. La comprensión de las experiencias de opresión y resistencia retratadas en la novela, puede provocar en el espectador una asimilación de su entorno a través de la risa o el asombro y

generar conciencia sobre las consecuencias devastadoras del totalitarismo en el pensamiento colectivo.

En ese sentido, esta investigación sobre "Yo el Supremo" de Augusto Roa Bastos desde la perspectiva de la novela del totalitarismo es relevante y significativa en diferentes ámbitos culturales y sociales, pues ofrece la oportunidad de profundizar en la comprensión de una obra literaria fundamental y de enriquecer nuestro conocimiento sobre las complejas dinámicas del poder y la resistencia en contextos de opresión política.

Objetivos

Objetivo general

Analizar el uso de los símbolos del silencio y el espejo en la novela "Yo el Supremo" de Augusto Roa Bastos como una herramienta para representar y cuestionar el poder totalitario a través del personaje de Gaspar Rodríguez de Francia.

Objetivos específicos

- Examinar los significados del símbolo 'silencio' en la novela "Yo el Supremo" de Augusto Roa Bastos, identificando sus manifestaciones, representaciones y significados a lo largo de la novela..
- Examinar los significados del símbolo 'espejo' en la novela "Yo el Supremo" de Augusto Roa Bastos, abordando las implicaciones internas y externas en el desarrollo y dinámicas del personaje Gaspar Rodríguez de Francia.
- Establecer la interrelación entre el silencio y el espejo en el contexto del totalitarismo, evaluando cómo estos símbolos se complementan para ofrecer una visión crítica de los mecanismos de poder, la corrupción y la decadencia del régimen de Gaspar Rodríguez de Francia.

Marcos de referencia

Antecedentes

Para efectos de la presente investigación se realiza un barrido documental para indagar las diferentes formas en las que se han abordado los simbolismos en la obra “Yo el Supremo” de Augusto Roa Bastos, presentados en orden cronológico para mayor comprensión.

De manera inicial, se encuentra el artículo "Presencia y significación de La Piedra en Yo el Supremo" de Eva Golluscio de Montoya (1977), donde se analiza la presencia recurrente del motivo de la piedra en la novela, el objetivo del texto es demostrar que las múltiples referencias a las piedras en la novela no son casuales, sino que tienen una importancia estructural y simbólica clave en la obra.

El análisis de Golluscio (1977) señala que la piedra está relacionada con tres temas principales: la lectura, la ruptura y la búsqueda. En cuanto a la lectura, el Supremo, personaje central de la novela, se presenta como el único capaz de leer y descifrar los mensajes ocultos en estas piedras, lo cual lo convierte en un ser de poder y autoridad. Esta capacidad de leer lo oculto en las piedras es presentada como un símbolo de su control totalitario sobre la realidad y el conocimiento. Las piedras no son simplemente objetos, sino portadoras de mensajes codificados que sólo un ser superior, como El Supremo, puede interpretar, tal como se observa en "El mensaje está escrito en la piedra. Solo el ojo que sabe leer lo no escrito puede descifrarlo. Palabras calcadas del tiempo, desgastadas por los siglos, pero que contienen el fondo de las cosas. Lo que la tinta no dice, la piedra lo guarda" (Roa Bastos, 1974, p. 245).. A diferencia de la palabra escrita, que El Supremo desprecia por ser una representación falsa y distante de la realidad, las piedras contienen el mensaje original y verdadero, que solo puede ser leído directamente.

En cuanto a la ruptura, Golluscio (1977) menciona que las piedras, tradicionalmente vistas como símbolos de solidez e inmutabilidad, están constantemente asociadas con fragmentación en la novela. A lo largo de la novela, las piedras también están asociadas con la idea de ruptura, tanto literal como simbólica. Por ejemplo, la piedra de los Cerros de Yariguáá está rota y debe ser reunida para ser estudiada, lo que refleja el desmoronamiento del orden en el que vive El Supremo. De forma más amplia, la ruptura de las piedras simboliza la fragmentación del poder y del conocimiento, temas centrales en la novela de Roa

Bastos, la cual a su vez, refleja la estructura misma de la obra, que se presenta en fragmentos que el lector debe reconstruir para darle sentido.

Finalmente, la piedra está vinculada a la búsqueda de El Supremo de el sentido, el origen y el poder. El Supremo emprende una búsqueda constante de significado en las piedras, ya sean las del Guayrá, el aerolito o la piedra de Yariguáá, lo que refleja su deseo de control y de entender el orden del universo, lo cual simboliza esta búsqueda incesante del dictador de una verdad unificadora que permanece siempre fuera de su alcance, convirtiendo a la piedra en un objeto de deseo, cargado de simbolismo y que resume los temas de la novela.

En conclusión, Golluscio (1977) muestra cómo el motivo de la piedra en “Yo el Supremo” es un núcleo simbólico que articula los temas centrales de la obra, contribuyendo a su carácter mítico y a su compleja estructura narrativa. El análisis de Golluscio (1977) enriquece la presente investigación al proporcionar una base simbólica sólida que vincula el motivo de la piedra con los temas centrales del totalitarismo y la resistencia en la novela. Su exploración del simbolismo de la piedra muestra cómo el autor utiliza este motivo para articular una crítica a la búsqueda del poder absoluto y al control totalitario. En este sentido, Golluscio aporta una perspectiva clave sobre cómo el simbolismo puede ser una herramienta tanto de opresión como de resistencia.

Seguidamente, en el artículo "Historia y mito en Yo, El Supremo, de Augusto Roa Bastos", Lucía Dapaz Strout (2000) analiza los niveles múltiples de lectura que ofrece esta obra, más allá de lo lingüístico e histórico. La autora señala que “Yo el Supremo” se construye a partir de una amplia variedad de referencias míticas, bíblicas, históricas y literarias, lo que ha permitido múltiples estudios enfocados en su contenido ideológico, político y carnavalesco. Sin embargo, muchos de estos estudios, según Dapaz (2000), no logran captar la profundidad simbólica y mítica subyacente en el texto, por tanto el objetivo de este trabajo es abordar la novela desde la perspectiva de la psicología profunda, centrándose en los elementos arquetípicos y míticos vinculados con la búsqueda de identidad y los mitos del héroe y el renacimiento. A través de este enfoque, se busca revelar la estructura mítica latente en el relato, más allá de sus aspectos históricos y políticos.

Para llevar a cabo este análisis, Dapaz (2000) se apoya en las teorías de Carl Jung sobre los estadios del proceso de individuación, así como en el patrón del héroe de Joseph Campbell y el mito de Osiris. El estudio se enfoca en las imágenes y símbolos presentes en la novela, tales como los ritos de iniciación y la aventura del héroe, que tienen conexiones directas con el inconsciente colectivo y los mitos universales.

Asimismo, se destacan las características oníricas de la obra, como la distorsión del tiempo y el espacio, pues desdibuja las fronteras entre el tiempo histórico y el tiempo mítico. El Supremo, ubicado en un "tiempo sin tiempo", revisa su vida y la historia de su nación desde una perspectiva que combina lo realista con lo mítico. También, el concepto de renacimiento es central en la obra, reflejado en la repetición de ciclos de muerte y resurrección, tanto en el nivel personal del Supremo como en el colectivo de la nación paraguaya. Este renacimiento está simbolizado a través de numerosos mitos y arquetipos, incluyendo la figura de Osiris, quien muere y renace constantemente.

Por otra parte, Dapaz (2000) enfatiza que "Yo el Supremo" es un tejido de elementos provenientes de diferentes fuentes, incluyendo escritos míticos, bíblicos, históricos y literarios. Roa Bastos rechaza el concepto tradicional de originalidad, prefiriendo verse como un compilador o acopiador. Esta metodología refleja una crítica a las nociones convencionales de creación literaria, invitando al lector a participar activamente en la construcción de significado.

Por tanto, Dapaz (2000) concluye que "Yo el Supremo" no solo es una crítica política e histórica del poder, sino también una narración profundamente arquetípica que explora la identidad humana a través del mito. La novela se configura como un viaje iniciático del héroe, donde el protagonista atraviesa las diferentes etapas del proceso de individuación, fusionando lo legendario y lo simbólico con lo histórico. Esta perspectiva permite comprender el texto desde una óptica más rica y compleja, abarcando el inconsciente colectivo y las estructuras míticas que subyacen en la psique humana.

En relación con la presente investigación, es clave que el enfoque en la intertextualidad y la compilación que realiza Dapaz (2000) destaca cómo Roa Bastos utiliza símbolos y arquetipos míticos para construir un discurso que desafía las estructuras de poder y cuestiona la historia oficial. A su vez, el concepto del Supremo como un arquetipo mítico, inmerso en un ciclo de muerte y renacimiento, refuerza la idea de que el simbolismo en la novela no sólo opera como una herramienta de control totalitario, sino también como un medio de resistencia y reconfiguración de la identidad. Así como la ambigüedad del tiempo y la mezcla de lo histórico con lo mítico en la obra permiten una lectura que revela las tensiones entre el poder y la resistencia, lo que enriquece el análisis de cómo el simbolismo puede ser manipulado tanto para oprimir como para subvertir.

Ahora bien, el artículo "Culturas híbridas y análisis de las razas en Yo el Supremo" de Julia A. Kushigian (2006) ofrece un análisis detallado de la obra, la cual descompone y reconfigura las categorías raciales y culturales heredadas del colonialismo dentro del contexto

de Paraguay. El autor de esta novela reinterpreta la historia paraguaya, especialmente el periodo del dictador José Gaspar Rodríguez de Francia, destacando la lucha por la identidad nacional y el rol de las razas en la formación cultural. El análisis se centra en cómo la novela presenta un contrapunto a la visión hegemónica de la blancura, subrayando las complejidades de las culturas híbridas en el Paraguay, al respecto, Kushigian (2006) enfatiza que esta hibridación no es simplemente un mestizaje armonioso, sino una constante tensión y negociación entre las diferentes razas y culturas que conviven en el Paraguay.

Así mismo, Kushigian (2006) señala que la obra combina diferentes géneros y épocas para ofrecer una crítica profunda a las jerarquías raciales y sociales, mientras el dictador intenta imponer su control absoluto. El Yo del dictador, que quiere controlar todos los discursos, se convierte en una metáfora de las luchas internas sobre la identidad racial, pues Roa Bastos, según Kushigian (2006), utiliza su narrativa para criticar la idea de que la blancura es la norma desde la cual todas las demás razas son medidas. Esta crítica se hace evidente en la manera en que se describe al dictador como alguien que, aunque ejerce un poder absoluto, es profundamente consciente de su propio mestizaje y lo percibe como una amenaza a su autoridad. La autora también analiza cómo la novela denuncia la imposición cultural y racial del colonizador, cuestionando las jerarquías que se han perpetuado a lo largo de la historia paraguaya.

Uno de los puntos centrales del análisis de Kushigian (2006) es la dualidad presente en la novela. El Supremo se desdobra constantemente entre el "Yo" y el "Él", reflejando las tensiones internas del poder y la identidad. Esta dualidad también se extiende a las relaciones raciales, donde lo blanco y lo negro, lo indígena y lo europeo, se encuentran en un constante estado de negociación y conflicto. La novela, al presentar personajes y situaciones que transgreden las categorías raciales establecidas, evidencia la fragilidad de estas divisiones y la complejidad de las identidades híbridas.

Kushigian (2006) argumenta que la obra de Roa Bastos no solo critica la opresión racial, sino que también resalta actos cotidianos de resistencia por parte de los personajes subalternos, como los sirvientes y los indígenas. Estos actos, aunque sutiles, son significativos en la desestabilización del poder absoluto del dictador. La narrativa pone de relieve cómo la resistencia a la homogeneización cultural y racial se manifiesta en la preservación de las costumbres, lenguas y ceremonias indígenas, las cuales el dictador pretende proteger en su discurso, pero que también utiliza para legitimar su propio poder.

Una de las conclusiones más importantes es que la obra descompone las categorías tradicionales de raza, etnia y género, mostrando la arbitrariedad de la supremacía blanca y

abriendo un espacio para la resistencia a través de actos cotidianos de los personajes subalternos. El ensayo resalta cómo Roa Bastos cuestiona las jerarquías raciales al examinar la figura del dictador como redentor, pero también como alguien atrapado entre la blancura y su propia hibridación racial.

Finalmente, Aguilera (2021) presenta su artículo titulado “Entre la oralidad y la escritura: una poética del poder en *Yo el Supremo*, de Augusto Roa Bastos”, donde analiza cómo la novela aborda la lucha de poder a través de la tensión entre oralidad y escritura. La autora utiliza las teorías de Mijaíl Bajtín y Ángel Rama como marco metodológico para explorar la confrontación entre el guaraní, símbolo de la oralidad nativa y dominada, y el español, representante de la escritura y el dominio colonial. El propósito del estudio es demostrar cómo “*Yo el Supremo*” no sólo critica la represión política, sino también la imposición de la cultura dominante a través de la escritura, proponiendo una reflexión sobre la relación entre poder político y poder escriturario.

Así mismo, Aguilera (2021) argumenta que “*Yo el Supremo*” no solo es una crítica política, sino también una crítica a la dominación cultural ejercida a través del lenguaje. Roa Bastos plantea una tensión entre estos dos sistemas de pensamiento y propone una reconciliación entre oralidad y escritura, aunque este proyecto fracasa. La novela refleja cómo el Supremo, en su intento de controlar y preservar el poder, termina siendo víctima de su propia escritura, que lo condena a una existencia post mortem. La novela, según Aguilera, es un espacio de confrontación entre lo dominado y lo dominante, una reflexión sobre la traición a los ideales revolucionarios y la inevitable degeneración del poder.

Por otra parte, Aguilera (2021) subraya que “*Yo el Supremo*” se inscribe en una tradición literaria latinoamericana que busca romper con los relatos históricos oficiales y con la hegemonía de la escritura como medio de control y autoridad. La escritura, a lo largo de la novela, se presenta como un acto fallido de poder que no logra capturar la realidad de la cultura paraguaya, mientras que la oralidad se asocia con la vitalidad y la resistencia cultural.

Como conclusión a su estudio, Aguilera (2021) hace referencia a que “*Yo el Supremo*” pone en cuestión las estructuras tradicionales de poder y escritura. La oralidad, representada por el guaraní, aparece como un medio para subvertir el poder oficial impuesto por la escritura, lo que simboliza una resistencia a la dominación cultural. Sin embargo, la novela revela que la escritura, a pesar de ser un medio de dominación, también puede ser un espacio para la reivindicación cultural y literaria, aunque siempre limitado por su naturaleza. Su enfoque en la dicotomía entre oralidad y escritura, y cómo esta refleja las luchas de poder, se conecta directamente con el análisis del simbolismo en el totalitarismo. El artículo ofrece

una base teórica para entender cómo Roa Bastos utiliza la literatura para criticar la imposición cultural y política.

A diferencia de estudios anteriores que han explorado aspectos como la importancia de la piedra en la narrativa (Golluscio, 1977), los niveles míticos y psicológicos (Dapaz, 2000), las implicaciones raciales y culturales (Kushigian, 2006) o la tensión entre oralidad y escritura (Aguilera, 2021), este estudio se enfoca específicamente en los símbolos del silencio y el espejo como herramientas fundamentales para representar y cuestionar el poder totalitario en “Yo el Supremo”, así mismo, su interrelación en el contexto del totalitarismo, lo que proporciona una comprensión más matizada y profunda de la obra de Roa Bastos en comparación con los estudios anteriores.

Marco conceptual

El presente marco conceptual tiene como propósito establecer los fundamentos teóricos e interpretativos que orientan el análisis de los símbolos y dinámicas narrativas en la novela “Yo el Supremo”, de Augusto Roa Bastos. En esta línea, se identifican y articulan tres grandes perspectivas teóricas que sustentan la investigación: el simbolismo, el totalitarismo y la teoría postcolonial, cada una de las cuales aporta herramientas específicas para comprender las formas en que el poder se representa, se impone y se fractura en contextos autoritarios.

A partir de estas tres corrientes teóricas, se delimitan los conceptos clave que permiten abordar de manera estructurada el análisis simbólico y narrativo de “Yo el Supremo”. Estos son: poder, represión, aislamiento, introspección, resistencia, subversión y dualidad. Cada uno de estos conceptos se articula con las estrategias discursivas, simbólicas y psicológicas que estructuran la novela y permiten leer, desde una perspectiva crítica, los efectos del totalitarismo en la subjetividad del individuo, las relaciones sociales y las construcciones culturales.

El Simbolismo

El concepto de símbolo ha sido, especialmente en el ámbito cultural occidental, objeto de múltiples usos y aplicaciones a lo largo de la historia, caracterizándose por su naturaleza multivalente y ambigua. Debido a su riqueza semántica, los símbolos han ocupado un lugar central en diversos sistemas sociales, funcionando como herramientas fundamentales para la mediación y representación de la realidad. En términos generales, “la cultura colectiva, la realidad compartida y los sujetos son y se comportan de manera eminentemente simbólica, en

tanto se expresan de manera figurada. Dicho con otras palabras, los sujetos y los grupos emplean mediaciones para hacerse inteligibles” (Sola, 2014, p. 12), esto puede interpretarse como que tanto la cultura colectiva como la realidad compartida por los sujetos se manifiestan de manera simbólica, ya que las personas emplean mediaciones simbólicas para hacerse comprensibles y establecer vínculos entre su mundo interno y el entorno que los rodea.

En literatura, el simbolismo se desarrolla como un movimiento estético que busca expresar lo inefable a través de imágenes sugerentes. Charles Baudelaire, uno de sus precursores, menciona haciendo referencia al simbolismo como figura que vincula lo concreto con lo abstracto y lo sensorial con lo espiritual:

"La naturaleza es un templo donde columnas vivientes dejan salir a veces palabras confusas; el hombre la atraviesa entre bosques de símbolos que lo observan con miradas familiares." (Baudelaire, 2005, p. 19).

Así mismo, Sola (2014) expone que “la comprensión del entorno circundante nunca es literal o directa, ya que los seres humanos han de apoyarse o utilizar diferentes mediaciones para comprender la realidad”, por tanto, los símbolos juegan un papel esencial como mediaciones que permiten conectar el interior de la conciencia humana con la realidad externa. Para poder comunicarse y entender el mundo en el que habitan, los seres humanos necesitan recurrir a palabras, imágenes y símbolos que les permitan interactuar tanto con su entorno como con otros individuos. Como señala Chillón, “el mundo simbólico del hombre es, entonces, no tanto obra de imitación y representación (mímesis) de la muda naturaleza (physis) cuanto de figuración y creación (poiesis) de la expresiva realidad humana” (2000, p. 143), un concepto desarrollado por Ernst Cassirer.

En este sentido, Cassirer (1998) define las formas simbólicas como expresiones significativas que varían en función de su contexto histórico y cultural, lo que permite a los sujetos y grupos interpretar y construir el mundo a través de imágenes, palabras y otros artefactos simbólicos, este proceso no solo otorga sentido a la realidad, sino que también permite a las personas comunicarse, expresarse y definirse dentro de ella. De este modo, los símbolos no son solo representaciones estáticas, sino mediaciones dinámicas que reflejan las complejidades del pensamiento humano. A través de los símbolos, las culturas expresan sus valores, los artistas sus emociones, y los individuos sus anhelos más profundos. Es un lenguaje universal que trasciende las barreras del tiempo y el espacio, proporcionando un puente entre lo humano y lo trascendente.

Para Cassirer, el ser humano no vive “en un puro universo físico sino en un universo simbólico” (1963, p. 47), pues a su vez sostiene que el ser humano “vive, más bien en medio de emociones, esperanzas y temores, ilusiones y desilusiones imaginarias, en medio de sus fantasías y sus sueños” (Cassirer 1998, p. 48). Según este enfoque, los símbolos son mediaciones esenciales que permiten a los seres humanos comprender y participar en la realidad circundante. Cassirer afirma que el ser humano está inmerso en una red de símbolos lingüísticos, artísticos y míticos que construyen su mundo y, a través de ellos, puede “construir potencialmente infinitos mundos simbólicos alternativos” (Sola, 2014, p. 15).

Por su parte, Carl Gustav Jung aporta una visión del símbolo como un medio que conecta el consciente con lo inconsciente. Para Jung (1995), el símbolo es una representación de algo más allá de lo que se percibe a simple vista; es una puerta a lo inconsciente colectivo. Según él, “cuando la mente explora el símbolo se ve llevada a ideas que yacen más allá del alcance de la razón” (1995, p. 20). Esto implica que los símbolos no solo son elementos racionales, sino que son vehículos de significados profundos que reflejan las dimensiones más ocultas de la psique humana que se sitúa más allá del alcance de la razón.

Por consiguiente, Jung señala que los símbolos emergen en la psique humana como manifestaciones de una necesidad innata de darle forma y sentido a lo desconocido, pues estos representan “algo vago, desconocido u oculto para nosotros” (1995, p. 20). En este sentido, los símbolos rellenan los vacíos de la comprensión racional, ofreciendo una conexión entre lo consciente y lo inconsciente, siendo instrumentos que permiten a los individuos y las sociedades procesar experiencias que no pueden ser plenamente comprendidas o verbalizadas de manera lógica. Como él sugiere, el símbolo “se sitúa en un terreno intermedio, entre lo conocido y lo desconocido” (1995, p. 20).

Cassirer sostiene que los símbolos no son meras representaciones de la realidad, sino que tienen la capacidad de mediar entre los dualismos tradicionales como mente-cuerpo, bien-mal o sujeto-objeto, y a su vez se encuentra anclado a la realidad variable y cambiante, puesto que se relaciona directamente con la praxis, donde se establece de acuerdo con los postulados de Cassirer “la conjunción establecida entre el aspecto formal del símbolo, su significación y el ámbito de la experiencia humana y su interpretación” (Sola, 2014, p. 15). Esta función mediadora del símbolo permite superar las limitaciones del pensamiento dualista, transformando las experiencias sensibles en significados que otorgan coherencia a la vida humana. Según Cassirer, los símbolos no son entidades rígidas, sino formas abiertas y móviles que permiten diferentes interpretaciones dependiendo del contexto sociocultural en que se utilicen.

En el contexto de la novela “Yo el Supremo”, el enfoque de Cassirer permite interpretar cómo los símbolos utilizados por el personaje de Gaspar Rodríguez de Francia no solo representan el poder, sino que lo transforman y le otorgan un significado profundo y multifacético. El poder totalitario que ejerce el protagonista se expresa a través de símbolos que van más allá de su sentido literal, mediando entre su imagen de líder y la realidad política que construye a su alrededor.

Así mismo, el enfoque junguiano resulta particularmente útil para analizar los símbolos en el contexto del poder totalitario en “Yo el Supremo”, pues los símbolos en la novela no solo representan el control y la autoridad, sino también los aspectos reprimidos del poder. Jung sostiene que los símbolos son “algo vago, desconocido u oculto para nosotros” (1995, p. 20), por tanto, cumplen la función de “exhibir las realidades más profundas del ser” (Sola, 2014, p. 15), lo cual es aplicable al análisis de cómo el poder totalitario utiliza símbolos para ocultar, legitimar y sublimar las formas de represión y violencia inherentes al régimen de Gaspar Rodríguez de Francia.

Los símbolos que utiliza el dictador no solo son representaciones de su poder visible, sino también de sus temores, inseguridades y deseos inconscientes. Según Jung, el análisis de los símbolos permite desentrañar estos contenidos ocultos, lo que proporciona una herramienta para entender las dinámicas profundas del poder en la novela. Además, los símbolos, al ser polifacéticos y abiertos a nuevas interpretaciones, permiten que el lector explore múltiples capas de significados en relación con el personaje y su relación con el poder.

Así mismo, la figura del Supremo, al igual que la escritura y la oralidad, puede verse como un símbolo que encarna el poder totalitario y su degeneración. El uso de símbolos en la novela no solo tiene una función política, sino también una psicológica, ya que refleja las tensiones entre el poder visible y lo que yace oculto en las profundidades de la historia y la cultura paraguaya. Desde la perspectiva junguiana, la novela podría leerse como un enfrentamiento entre símbolos que encarnan el control y la opresión (la escritura) y aquellos que representan la vida y la resistencia (la oralidad).

Por tanto, para la presente investigación se partirá de las perspectivas de ambos autores, pues brindan la posibilidad de enfocarse tanto en las funciones mediadoras del símbolo como en su capacidad para representar realidades ocultas. Cassirer proporciona una perspectiva sobre cómo los símbolos estructuran la realidad política y social, mientras que Jung añade una capa de interpretación al abordar el contenido inconsciente que los símbolos revelan en el contexto del poder totalitario.

Dialogismo

El lenguaje, en su materialidad discursiva, no es simplemente una herramienta de comunicación, sino una construcción cargada de significados históricos y sociales (Hernández, 2011). Según el enfoque biólogo de Mijaíl Bajtín (1986), cada palabra tiene una carga cultural, social e ideológica que la enmarca dentro de un contexto específico y, al mismo tiempo, la conecta con voces anteriores y futuras. Las palabras no son neutras, sino que están impregnadas por su uso en discursos previos y por las intenciones de quienes las emplean. Esto se ve reflejado en textos literarios donde no existe una única voz, sino una pluralidad de voces que dialogan entre sí, mostrando la riqueza y complejidad del lenguaje en su interacción con el contexto histórico y cultural (Hernández, 2011).

Este enfoque es esencial para el análisis de la novela “Yo el Supremo” de Augusto Roa Bastos, donde el protagonista, Gaspar Rodríguez de Francia, no solo utiliza el lenguaje como un medio para gobernar, sino como un mecanismo para reescribir la historia y legitimar su poder. Francia, al apropiarse de las palabras y del discurso, modula sus significados y les otorga nuevas cargas simbólicas, creando un espacio donde las voces del pasado y las del presente se encuentran, chocan y dialogan entre sí.

Bajtín llama a esto dialogismo, refiriéndose a la interacción constante entre diferentes voces que están en un proceso de interpretación y reinterpretación. En el enfoque de dialogismo Bajtin también introduce el concepto de *heteroglosia* para referirse a la coexistencia de múltiples voces y perspectivas en un discurso: Este término se deriva del griego "hetero" (diferente) y "glossa" (lengua), lo que literalmente significa "diversidad de lenguas".

“La vida de la palabra está en su orientación hacia lo ajeno. En cada expresión resuena la voz del otro” (Bajtín, 1986, p. 287). Este enfoque recalca cómo el lenguaje es dinámico y plural, dado que cada enunciado está impregnado de las intenciones y contextos de quienes lo usan, ahondando en la multiplicidad de significados.

Para Bajtín la vida es dialógica por naturaleza. Vivir significa participar en un diálogo [...] El hombre participa de este diálogo todo él y con toda su vida [...] El hombre se entrega por completo en la palabra, y esta palabra forma parte del tejido dialógico infinito de la vida humana. Cada pensamiento, cada vida, llega a formar parte de ese diálogo inconcluso con toda su personalidad, con todo su destino (Llovet, 2005, p. 376)

Por tanto, para comprender una obra literaria en su totalidad, no basta con analizarla desde un solo punto de vista, es necesario considerar las múltiples voces que la componen y cómo estas interactúan entre sí, revelando un entramado dialógico que enriquece el sentido de la obra. Cada palabra, cada expresión dentro del texto, debe ser vista como el resultado de un proceso continuo de interacción entre el autor, los personajes, los lectores, y las voces de la tradición y el contexto histórico en el que se inscribe, pues tal como lo explica Bajtín (1999) “la literatura es la parte inalienable de la cultura y no puede ser comprendida fuera del contexto de toda la cultura de una época dada” (p. 347). La riqueza del lenguaje, por lo tanto, reside en su capacidad de dialogar tanto con el pasado como con el presente, abriendo nuevas posibilidades interpretativas. El dialogismo trasciende el ámbito lingüístico, convirtiéndose en una herramienta para entender cómo las ideas, las culturas y las personas interactúan y se transforman mutuamente.

De acuerdo con Hernandez (2011, p. 29), Bajtín caracteriza “la expresión” como un proceso de desplazamiento hacia el otro y una autorrevelación. Esto significa que en cada acto de comunicación, el sujeto se revela a través de sus palabras, pero al mismo tiempo, permanece consciente de sí mismo. En este sentido, la comprensión del otro no depende de la exactitud del conocimiento, sino de una interrelación entre el contexto del que conoce y el contexto de lo conocido. Es un proceso dialógico donde dos conciencias —la del ‘yo’ y la del ‘otro’— se cruzan y se enriquecen mutuamente, donde “la comprensión se completa por la conciencia y se manifiesta en la multiplicidad de sus sentidos [...] es activa y tiene un carácter creativo [...] multiplica la riqueza artística de la humanidad. La co-creatividad de los que comprenden” (Bajtín, 1999, p. 364).

Por lo tanto, desde este enfoque dialogista, es posible entender que cada palabra en la novela está impregnada de historia y carga ideológica, pues las palabras de Francia no solo sirven para imponer su autoridad, sino también para resignificar el pasado y controlar la narrativa histórica del Paraguay. En esencia, todo acto comunicativo es un encuentro en el que se entretajan perspectivas diversas, y este proceso es esencial para la construcción de significados y la interacción humana. Esta riqueza del lenguaje, que incluye la tensión entre diferentes voces, es clave para analizar cómo el simbolismo opera en “Yo el Supremo”, donde las palabras no solo representan el poder, sino que también lo cuestionan y lo transforman a través del uso múltiple y cargado de significados.

El Totalitarismo

El concepto de totalitarismo ha sido abordado por numerosos estudiosos, quienes coinciden en que se trata de un fenómeno político complejo cuyo propósito central es “controlar y determinar todos los ámbitos de lo público y lo privado, adueñándose de la voluntad, la mente y el cuerpo de cada individuo” (Calero, 2020, p. 152). Aunque existen diferencias formales entre los distintos regímenes totalitarios —como el fascismo, el marxismo-leninismo o el maoísmo—, todos comparten la misma esencialidad. Esta característica fundamental, que trasciende las variaciones ideológicas, es lo que define al totalitarismo como un fenómeno de dominación absoluta.

Ante esto, Forti (2008) define el totalitarismo como un régimen en el que “un único partido ha conquistado el monopolio del poder del Estado y ha sometido a toda la sociedad, recurriendo a un uso total y terrorista de la violencia y otorgando un papel central a la ideología” (p. 29). Según esta definición, el totalitarismo es un sistema que no solo busca el control político, sino que también establece un monopolio ideológico, utilizando la violencia y el terror como herramientas esenciales para someter a la población.

En este sentido, Leonard Schapiro (1981) sostiene que el totalitarismo es una forma “nueva” de dictadura, que surgió de las tensiones políticas posteriores a la Primera Guerra Mundial. Schapiro explica que los regímenes totalitarios están caracterizados por la existencia de un líder carismático que encabeza un movimiento victorioso y que, con la ayuda de una élite fanáticamente ideologizada, busca controlar todos los aspectos de la sociedad y del individuo (Forti, 2008). Sin embargo, Schapiro aclara que “... el totalitarismo no es un ‘modelo’ de gobierno definitivo e inmutable, sino algo que tiene más bien la naturaleza de un espectro, con grandes variables de intensidad y totalidad” (Forti, 2008, p. 215).

Por su parte, William Ebenstein distingue entre el autoritarismo y el totalitarismo, pues expone que “el gobierno autoritario aspira principalmente a fiscalizar las actividades políticas del hombre” (Ebenstein, 1965, p. 36), el totalitarismo aspira a dominar todos los ámbitos de la existencia, incluidas las esferas no políticas. Esto refleja la naturaleza expansiva del totalitarismo, que busca controlar no solo las decisiones políticas, sino también la cultura, la religión, la educación y cualquier forma de expresión individual (Calero, 2020, p. 153).

Los politólogos Carl Friedrich y Zbigniew Brzezinski (citado en Schapiro, 1981) identifican seis características clave que distinguen a un régimen totalitario:

- Una ideología oficial a la que todos deben adherirse.

- Un único partido de masas, dirigido por un líder carismático.
- El monopolio del uso de las armas por parte del partido y la burocracia subordinada.
- El control absoluto de los medios de comunicación para difundir la ideología del régimen.
- Un sistema de control policial que utiliza el terror físico y psicológico.
- El control de todas las organizaciones e instituciones, incluidas las más pequeñas, como agrupaciones culturales o religiosas.

El control total de la sociedad a través de estos mecanismos permite a los regímenes totalitarios imponer una visión única de la realidad y silenciar cualquier oposición. Es pertinente incluir referencias a las obras 1984 y La granja animal de George Orwell como ejemplos ficticiales que ilustran cómo los regímenes totalitarios utilizan mecanismos de control social para imponer una visión única de la realidad y silenciar la oposición. Ambas novelas ofrecen paralelismos significativos con los temas tratados en Yo el Supremo, de Augusto Roa Bastos, y refuerzan la interpretación de cómo el autoritarismo manipula los símbolos, el lenguaje y la narrativa para consolidar su poder.

En 1984, Orwell describe un régimen que controla no sólo los actos de las personas, sino también sus pensamientos, a través del concepto de la neolengua y la manipulación histórica. La frase "Quien controla el pasado, controla el futuro; quien controla el presente, controla el pasado" (Orwell, 1949, p. 37) refleja cómo el autoritarismo crea una narrativa única, anulando cualquier posibilidad de oposición o resistencia. Este planteamiento puede ser utilizado en la tesis para reforzar el análisis del silencio en Yo el Supremo como una estrategia de control discursivo que elimina voces disidentes y reconfigura la memoria colectiva.

Por otro lado, La granja animal ofrece una alegoría de la consolidación del poder totalitario a través de la propaganda y la manipulación simbólica. El lema "Todos los animales son iguales, pero algunos animales son más iguales que otros" (Orwell, 1945, p. 97) evidencia cómo los símbolos y el lenguaje son utilizados para justificar y perpetuar sistemas de desigualdad y represión. Este enfoque es relevante para analizar cómo el Supremo en la novela de Roa Bastos utiliza estrategias similares para mantener el control absoluto y justificar su dominio.

Un elemento esencial en la consolidación del poder totalitario es la ideología, según Raymond Aron (1968), la ideología en los regímenes totalitarios no solo sirve como una herramienta de legitimación, sino que también se combina con el terror para justificar la

violencia estatal. En estos regímenes, el adversario político es tratado como un enemigo de guerra, más peligroso incluso que un criminal común. La ideología, por tanto, se convierte en un mecanismo fundamental para movilizar el terror y consolidar el poder.

Para Hannah Arendt (2004), el totalitarismo busca el poder ilimitado, que sólo puede alcanzarse cuando cada individuo está completamente dominado en todos los aspectos de su vida. Arendt explica que los regímenes totalitarios no sólo imponen una dominación despótica, sino que buscan crear un sistema en el que los seres humanos sean superfluos, es decir, despojados de toda individualidad y espontaneidad. En este tipo de regímenes, la individualidad es vista como una amenaza, y solo en condiciones extremas se logra la eliminación total de la personalidad humana.

En ese sentido, Arendt (2004) define el totalitarismo como una forma de gobierno que no solo concentra el poder en un líder, sino que también destruye la libertad individual mediante el uso del terror, la propaganda y la manipulación de la legalidad. Uno de sus aspectos más innovadores es el uso del terror, que no solo reprime a los opositores sino que busca controlar todos los aspectos de la vida de los ciudadanos. Según Arendt (2004), el terror “reina sobre una población completamente sometida” (p. 429) incluso después de haber alcanzado sus objetivos psicológicos.

Este terror no es solo físico, sino psicológico y social. En los regímenes totalitarios, el individuo pierde su capacidad de pensar y actuar libremente, y se le trata como un ser "superfluo". Arendt señala que esta deshumanización se manifiesta claramente en los campos de concentración, que considera la institución central del poder totalitario: “El totalitarismo, para realizar su ficción, pretende eliminar toda espontaneidad y particularidad, reducir la personalidad humana a cosa” (Esquirol, 1991, p. 134). Los campos de concentración son el ejemplo más extremo de cómo los regímenes totalitarios destruyen la individualidad y el sentido de comunidad, convirtiendo a los seres humanos en herramientas del poder.

El poder en los regímenes totalitarios no se establece de manera directa, sino a través de una combinación de tácticas que incluyen (Vargas, 2011):

- Concentración del poder en un líder: El líder totalitario se erige como el centro absoluto del poder, actuando como representante de las masas. Según Arendt, “el líder totalitario no es nada más ni nada menos que el funcionario de las masas”(Vargas, 2011, p. 119).
- El uso del terror total: El terror es la herramienta esencial que se utiliza para evitar cualquier forma de disidencia, anular las libertades y derechos de los individuos, y mantener un control total sobre la sociedad.

- Manipulación de la legalidad: El régimen utiliza la ley no como una forma de proteger derechos, sino como un instrumento para cumplir sus objetivos políticos, manipulando el sistema jurídico para consolidar el poder.
- Propaganda y adoctrinamiento: La propaganda es crucial para controlar las mentes de las masas y crear una realidad ficticia que los ciudadanos no pueden cuestionar. El adoctrinamiento se extiende a través del sistema educativo y los medios de comunicación para asegurar la lealtad incondicional al régimen.

Finalmente, Tzvetan Todorov (2010) señala que, una vez instaurado el régimen totalitario, la ideología se convierte en un medio para controlar la sociedad, y no en un fin en sí misma. Todorov destaca que en este punto, el poder ya no tiene más objetivo que su propia perpetuación, lo que obliga a los ciudadanos a adherirse a la ideología oficial como un simple ritual, manteniendo una fachada de legitimidad a través de liturgias propagandísticas que refuerzan la narrativa oficial del régimen (Calero, 2020).

En conclusión, el totalitarismo se caracteriza por el control absoluto de todos los aspectos de la vida humana, apoyado en una combinación de ideología, violencia y terror. Los regímenes totalitarios no sólo buscan la dominación política, sino que también intentan controlar la cultura, la religión, y la conciencia de cada individuo. Esta visión totalizante del poder convierte al totalitarismo en un fenómeno único, con un impacto profundo y devastador en las sociedades donde se instaura.

Novelas del totalitarismo

Las novelas del totalitarismo (NT) surgen como una respuesta natural a las experiencias totalitarias vividas por sus autores y al contexto político en el que se desarrollan. Estas novelas no responden a un programa estético preestablecido, sino que nacen de la necesidad de representar y criticar una realidad política opresiva. La autenticidad ética y estética de las NT está determinada por la vigencia histórica de los sistemas totalitarios, lo que significa que estas obras sólo pueden surgir en el contexto de un orden político totalitario. A diferencia de otros subgéneros literarios, como la novela distópica o la novela de dictador, las NT presentan una representación ficcional de realidades totalitarias históricas y no imaginarias o ambiguas (Calero, 2023, p. 98).

Uno de los elementos clave que distingue a las NT es el contexto histórico en el que se desarrollan. A diferencia de las novelas distópicas, que proyectan su crítica sociopolítica hacia un futuro distante o un contexto ficticio, las NT se basan en contextos totalitarios reales

e históricos. Esto le otorga a la obra un sentido crítico y filosófico definido, anclado en la realidad política que describe (Calero, 2023, p. 98).

El segundo factor determinante en las NT es la experiencia totalitaria de los autores. Estos escritores no sólo imaginan la realidad totalitaria, sino que han vivido directamente bajo regímenes totalitarios, lo que les permite amalgamar sus experiencias vitales en el texto. Aunque las NT no son estrictamente autobiográficas, sí reflejan rasgos vivenciales de sus autores, quienes deben distanciarse de su propia historia personal para poetizarla y darle forma literaria (Calero, 2023, p. 98). Esta dimensión vivencial convierte a las NT en un tipo de novela con una conexión íntima entre el autor y su obra, ya que las experiencias personales del autor impregnan la narrativa totalitaria.

Un tercer aspecto que caracteriza a las NT es la censura y represión que las obras y sus autores enfrentaron por parte de los regímenes totalitarios. Los escritores que criticaron abiertamente estos sistemas de gobierno pagaron un precio personal alto, sufriendo cárcel, ostracismo o exilio. Las NT fueron percibidas por los regímenes totalitarios como una amenaza directa, y los autores de estas obras fueron acusados de traición y de atacar a la nación que los sistemas totalitarios decían representar (Calero, 2023, p. 98). La represión que enfrentaron los autores contribuye a la autenticidad y profundidad crítica de sus obras, ya que el riesgo personal al que se enfrentaban al escribir sobre la realidad totalitaria intensifica el impacto y la carga moral de sus textos.

Una de las principales características formales de las NT es su enfoque en los sistemas totalitarios en lugar de centrarse exclusivamente en las figuras de los líderes. Aunque los líderes totalitarios pueden aparecer en las NT, su presencia es a menudo tácita y referencial, mientras que el verdadero protagonismo recae en la descripción del sistema totalitario en su conjunto. El interés de los autores se enfoca en mostrar cómo el régimen trasciende la figura del líder y se convierte en un mecanismo despiadado y deshumanizador que afecta a todos los aspectos de la sociedad (Calero, 2023, p. 99).

Otra característica es el protagonismo del hombre común, que aparece como la víctima principal del totalitarismo. Las NT describen las experiencias de personajes típicos de sociedades totalitarias, como campesinos, obreros, reos de campos de concentración y ciudadanos comunes que sufren las consecuencias de los regímenes totalitarios (Calero, 2023, p. 99). Esta atención al individuo común permite que las NT ofrezcan una visión íntima y detallada de la vida bajo el totalitarismo.

Así mismo, las NT exploran temas universales relacionados con la naturaleza opresiva de los sistemas totalitarios. Uno de los temas más recurrentes es la traición al ideario original

del régimen, que refleja cómo los movimientos totalitarios, una vez en el poder, traicionan los principios que inicialmente defendían (Calero, 2023, p. 99). Esta traición, dirigida tanto a la ideología original como a los militantes de primera hora, es fundamental para que el sistema se consolide sin disidencias ni contradicciones internas.

Otro tema clave es la pedagogía del padecimiento, que describe cómo los regímenes totalitarios utilizan el maltrato físico, psicológico y moral para reeducar a la población. Este proceso, basado en la escasez material y el miedo, busca moldear a los individuos para que acepten el colectivismo y la sumisión total al Estado. Sin embargo, esta reeducación a menudo falla, creando una sociedad corrompida y despojada de escrúpulos morales (Calero, 2023, p. 99).

La disolución de la individualidad es otro tema central en las NT. Los regímenes totalitarios buscan eliminar cualquier rastro de singularidad en favor de una masa homogénea y fácilmente manipulable (Calero, 2023, p. 99). Este proceso implica la desaparición de la vida privada y la transformación del individuo en un mero instrumento del régimen. Según Hannah Arendt, los regímenes totalitarios ven a los individuos como hombres superfluos, sin derecho a la individualidad ni a la autonomía moral (Arendt, 2004).

Finalmente, el tema de la condena inexorable muestra cómo el totalitarismo crea un sistema en el que todos son culpables por defecto. No hay necesidad de un juicio justo, ya que el Estado totalitario condena a todos sus súbditos sin ofrecerles ninguna forma de defensa jurídica (Calero, 2023, p. 99). Este tema subraya la arbitrariedad y el terror del poder totalitario, donde nadie está a salvo de la persecución estatal.

De acuerdo con lo anterior, las NT constituyen un corpus literario único que refleja las experiencias totalitarias de sus autores y ofrece una crítica profunda de los regímenes opresivos. Mediante una representación detallada de las estructuras políticas totalitarias y el impacto que estas tienen sobre los individuos, las NT logran reinterpretar las formas de existencia pública y privada bajo estos sistemas. Este subgénero literario, que surge del nexo entre la experiencia personal y la política, ofrece una visión poderosa y crítica de los horrores del totalitarismo, lo que lo convierte en un aporte fundamental a la literatura política del siglo XX.

Teoría postcolonial

La teoría postcolonial surge como una crítica y respuesta a los discursos coloniales que han dominado la historia y el pensamiento occidental. Este enfoque pone en el centro de

su análisis las experiencias de las sociedades colonizadas, especialmente en relación con el poder y la opresión cultural, política y económica impuesta por las metrópolis coloniales. Los estudios postcoloniales abordan una variedad de temas fundamentales como la migración, la esclavitud, la resistencia, la supresión de la identidad cultural, el racismo, la diferencia y el género, dentro de la dinámica de poder colonial (Zevallos, 1996).

Un punto clave de la teoría postcolonial es la deconstrucción de las grandes narrativas que justificaban la colonización. Intelectuales como Edward Said, con su obra *Orientalism* (1978), desafiaron la representación del “otro” en el discurso occidental, argumentando que Occidente construyó imágenes estereotipadas de las culturas colonizadas para dominar y controlar su percepción y conocimiento. Asimismo, teóricos como Homi Bhabha y Gayatri Spivak examinan los espacios liminares y las voces subalternas en la experiencia colonial, destacando el concepto de "hibridez" cultural como un resultado de la interacción entre colonizador y colonizado (Zevallos, 1996).

La teoría postcolonial, como destaca Sara Castro-Klarén, no es homogénea, sino un campo diverso que combina influencias de diversas corrientes teóricas, como el posestructuralismo, el feminismo y el psicoanálisis lacaniano. Su objetivo es dismantelar las estructuras de poder y conocimiento que Europa impuso sobre sus colonias, en particular aquellas que consolidaron la autoridad epistemológica y discursiva sobre el resto del mundo (Zevallos, 1996).

La literatura ha sido un vehículo fundamental para expresar y articular las preocupaciones postcoloniales. Los estudios literarios postcoloniales se enfocan en analizar cómo las literaturas de los pueblos colonizados responden a la experiencia del colonialismo, a menudo desafiando las narrativas hegemónicas impuestas por los colonizadores y recuperando las voces y tradiciones culturales silenciadas.

A diferencia de otros contextos poscoloniales, como África o Asia, América Latina enfrenta una condición particular. Aunque sus países lograron la independencia en el siglo XIX, las estructuras de dominación colonial continuaron en forma de neocolonialismo y dependencia económica. Esto ha llevado a pensar en América Latina no solo como una región poscolonial, sino como una región en constante lucha por la decolonialidad.

“América Latina es un espacio donde las dinámicas coloniales se reinventan a través del capitalismo global y el neoliberalismo, reproduciendo la dependencia económica y cultural.” (Grosfoguel, 2007, p. 19).

En el contexto latinoamericano, Ángel Rama (1982) introduce el concepto de transculturación, término que retoma del antropólogo cubano Fernando Ortiz, pero que él

amplía en su análisis de la literatura y la cultura de América Latina. La transculturación, según Rama, se refiere al proceso en el cual las culturas colonizadas no solo son absorbidas por la cultura dominante, sino que también reconfiguran y modifican los elementos que reciben, creando algo nuevo y único. Este proceso no implica una simple imposición ni una aculturación total, sino una mezcla dinámica y compleja de elementos culturales de diversas fuentes (Coutinho, 2021).

En este sentido, la transculturalidad cuenta con una serie de características, inicialmente implica un diálogo entre las culturas dominantes y las culturas locales. No se trata de una sustitución cultural unilateral, sino de un proceso en el que los elementos de la cultura dominante (colonial) son apropiados y resignificados por las culturas indígenas o locales (Rama, 1982).

Seguidamente, este concepto subraya cómo las culturas colonizadas desarrollan estrategias de resistencia y adaptación frente a las imposiciones coloniales. Por ejemplo, en América Latina, las culturas indígenas y afrodescendientes adoptaron algunos aspectos del catolicismo y de las lenguas europeas, pero los mezclaron con sus propias cosmovisiones y tradiciones, creando expresiones culturales híbridas (Rama, 1982).

Así mismo, la transculturación implica la creación de nuevas formas culturales que combinan elementos de ambas culturas, en lugar de la mera sustitución de una por otra. En el ámbito literario, esto se refleja en obras que integran formas y estilos europeos con tradiciones orales y estéticas locales (Rama, 1982). Esta mezcla se convierte en una fuente de riqueza y creatividad, en lugar de un signo de pérdida cultural.

En este sentido, Roa Bastos en “Yo el Supremo” ejemplifica la transculturación literaria al mezclar el español, lengua colonial, con el guaraní, lengua indígena. La novela no es solo una reproducción de las formas literarias europeas, sino que las subvierte al incorporar la oralidad y la perspectiva indígena, generando un texto que refleja la tensión y fusión entre las culturas dominantes y las subalternas (Aguilera, 2021).

Por otra parte, la transculturación no se limita solo a la coexistencia de elementos culturales, sino que en la literatura se manifiesta de manera más elaborada en lo que Rama llama transculturación narrativa. En este concepto, Rama describe cómo los escritores latinoamericanos han reconfigurado las formas literarias importadas de Europa, adaptándolas a las realidades culturales e históricas de América Latina. Esto implica una modificación creativa de las formas narrativas occidentales, dándoles un nuevo sentido en el contexto local (Coutinho, 2021).

Entre los principales componentes de la transculturación narrativa se encuentra que los autores latinoamericanos toman géneros literarios occidentales, como la novela histórica o la poesía épica, y los adaptan para expresar las particularidades de la cultura local. Esta adaptación incluye la incorporación de formas narrativas propias de las culturas indígenas y afrodescendientes, así como elementos de la oralidad, que desafían las convenciones de la literatura occidental (Rama, 1982).

Además, la transculturación narrativa subvierte el canon literario occidental al incorporar elementos locales que no encajan con las expectativas y normas de la alta cultura europea. En obras como “Yo el Supremo”, se mezclan registros de la historia oficial con voces orales que representan al pueblo y sus memorias, este entrecruzamiento cuestiona las narrativas unilaterales que suelen dominar los relatos históricos (Rama, 1982).

En *Yo, el Supremo*, Roa Bastos no solo narra la historia de un dictador, sino que construye una alegoría de las dinámicas coloniales y poscoloniales en América Latina. La obra invita a reflexionar sobre cómo las lógicas de dominación, exclusión y resistencia moldean las sociedades de la región.

Finalmente, siguiendo a Bajtín y su idea de la polifonía, Rama (1982) sugiere que estas novelas suelen estar caracterizadas por la presencia de múltiples voces que representan diferentes perspectivas sociales y culturales. En “Yo el Supremo”, la narrativa no sigue una línea unificada, sino que se fragmenta en varias voces y textos (pasquines, cuadernos, cartas) que dialogan entre sí, creando una estructura descentralizada y heterogénea que refleja la complejidad de las culturas en conflicto.

Conceptos clave

- *Poder*

Michel Foucault (1975) conceptualiza el poder no como una estructura jerárquica o una posesión estática, sino como una red de relaciones que permea todas las interacciones sociales. El poder se manifiesta en múltiples formas y es ejercido a través de prácticas discursivas y no discursivas que configuran el comportamiento y el pensamiento de los individuos. Para Foucault (1975), el poder es omnipresente y se encuentra en constante flujo, siendo tanto productivo como represivo. Esta concepción implica que el poder no sólo reprime, sino que también produce conocimiento y verdad, estructurando la sociedad y las subjetividades.

- *Represión*

En psicología, la represión es un mecanismo de defensa inconsciente mediante el cual el individuo excluye de su conciencia pensamientos, deseos o recuerdos que resultan inaceptables o dolorosos. Este proceso permite al sujeto evitar la ansiedad asociada con estos contenidos, aunque pueden manifestarse indirectamente a través de síntomas, sueños o lapsus (Freud, 1915). Sigmund Freud (1915) introdujo este concepto, considerándolo fundamental en la formación de neurosis y en la dinámica del inconsciente.

- *Aislamiento*

El aislamiento se refiere al estado de separación o desconexión de un individuo respecto a otros, ya sea física, social o emocionalmente. En psicología, puede ser voluntario o impuesto, y tiene implicaciones significativas en la salud mental, pudiendo conducir a sentimientos de soledad, depresión o ansiedad. El aislamiento social, en particular, ha sido objeto de estudio por su impacto en el bienestar psicológico y físico de las personas (Cacioppo y Hawkley, 2009).

- *Introspección*

La introspección es el proceso mediante el cual un individuo examina y reflexiona sobre sus propios pensamientos, emociones y estados internos. Esta auto observación consciente permite una mayor comprensión de uno mismo y es fundamental en diversas prácticas terapéuticas y filosóficas. La introspección ha sido valorada como una herramienta para el autoconocimiento y el crecimiento personal (Wilson y Dunn, 2004).

- *Resistencia*

La resistencia es la capacidad de un individuo o grupo para oponerse o enfrentarse a fuerzas externas que buscan imponer control, cambios o restricciones. En contextos sociales y políticos, la resistencia puede manifestarse a través de movimientos, protestas o acciones que desafían estructuras de poder establecidas. Desde una perspectiva psicológica, también puede referirse a la oposición interna a procesos terapéuticos o cambios personales (Hollander y Einwohner, 2004).

- *Subversión*

La subversión implica acciones o estrategias destinadas a socavar, desestabilizar o derrocar estructuras, sistemas o instituciones establecidas. A menudo asociada con movimientos políticos o culturales, la subversión busca desafiar y transformar el orden dominante, cuestionando normas y valores aceptados. Puede manifestarse en formas directas, como la rebelión, o indirectas, como la crítica cultural (Scott, 1990).

- *Dualidad*

La dualidad se refiere a la existencia de dos partes, aspectos o conceptos opuestos o complementarios dentro de un todo. Este término es común en filosofía, física y otras disciplinas para describir fenómenos que presentan una naturaleza doble. Por ejemplo, en física, la dualidad onda-partícula describe cómo partículas subatómicas exhiben propiedades tanto de ondas como de partículas. En contextos filosóficos o literarios, la dualidad puede explorar temas como el bien y el mal, la luz y la oscuridad, o la mente y el cuerpo (Bohr, 1928).

Metodología

El siguiente apartado está compuesto por el método y herramientas investigativas utilizadas en el proyecto para el alcance de los objetivos, se centra en la recolección de la información y las estrategias utilizadas para la respuesta de cada uno de los objetivos, obteniendo resultados tangibles dentro del proceso de formación.

Tipo de investigación

La investigación es de tipo descriptiva-analítica, puesto que se centrará en la identificación, descripción y análisis de los símbolos del silencio y el espejo en la novela “Yo el Supremo” de Augusto Roa Bastos, al respecto, Hernández y Mendoza (2018) afirman que, “en un estudio descriptivo el investigador selecciona una serie de cuestiones (que, recordemos, denominamos variables) y después recaba información sobre cada una de ellas, para así representar lo que se investiga (describirlo o caracterizarlo)” (p. 108).

El aspecto analítico de la investigación implicará descomponer y examinar estos símbolos en su relación con los temas del poder, la identidad y el totalitarismo. Se analizará cómo cada símbolo contribuye a la construcción del personaje del dictador y cómo se entrelazan para formar una crítica del poder absoluto y la corrupción. Este enfoque permitirá una comprensión más estructurada y profunda de cómo funcionan los símbolos en conjunto dentro del texto.

Enfoque de la investigación

El enfoque a emplear es el cualitativo, el cual no hace referencia a una “forma específica de recogida de datos, ni a un determinado tipo de datos, textuales o palabras, sino a determinados enfoques o formas de producción o generación de conocimientos científicos que a su vez se fundamentan en concepciones epistemológicas más profundas” (Bravo 1998), pues este busca comprender los fenómenos desde una perspectiva interpretativa y subjetiva, permitiendo un análisis profundo de los significados y contextos

Es oportuno resaltar que, según Hernandez (2014):

El enfoque cualitativo se guía por áreas o temas significativos de investigación. Sin embargo, en lugar de que la claridad sobre las preguntas de investigación e hipótesis preceda a la recolección y el análisis de los datos (como en la mayoría de los estudios cuantitativos), los estudios cualitativos pueden desarrollar preguntas e hipótesis antes, durante o después de la recolección y el análisis de los

datos. Con frecuencia, estas actividades sirven, primero, para descubrir cuáles son las preguntas de investigación más importantes; y después, para perfeccionarlas y responderlas. (p, 11)

En este estudio, se utilizará un enfoque cualitativo para explorar los símbolos del silencio y el espejo en la novela “Yo el Supremo” de Augusto Roa Bastos. Este enfoque es ideal para investigar cómo estos símbolos operan dentro de la narrativa y cómo reflejan las dinámicas internas del personaje de Gaspar Rodríguez de Francia y el poder totalitario que ejerce. El objetivo es captar la riqueza y complejidad de los símbolos, entendiendo cómo funcionan no solo como elementos literarios, sino también como representaciones de procesos psicológicos y sociales. A través de la cualidad interpretativa de la investigación cualitativa, se buscará acceder a los significados más profundos y a las sutilezas simbólicas que un análisis puramente cuantitativo no podría captar.

Fuente de información

La principal fuente de información será la novela “Yo el Supremo” de Augusto Roa Bastos. También se utilizarán fuentes secundarias como artículos académicos, libros y estudios previos relacionados con la obra, el simbolismo, y las teorías de Jung y Cassirer.

Etapas de la investigación

La investigación se desarrollará a lo largo de varias etapas, diseñadas para asegurar un análisis riguroso y detallado del simbolismo en “Yo el Supremo” de Augusto Roa Bastos. Estas etapas son secuenciales, interrelacionadas, lo que permitirá una construcción progresiva del conocimiento a medida que se avanza en el estudio.

1. Análisis textual e identificación de símbolos

Objetivo: Realizar una lectura profunda de la novela “Yo el Supremo” para identificar las manifestaciones de los símbolos del silencio y el espejo, así como sus representaciones y significados en el contexto de la narrativa.

Durante esta primera fase, se realizó una lectura intensiva y sistemática de la obra “Yo el Supremo” de Augusto Roa Bastos, en la que se utilizó una estrategia de subrayado, marcación temática y codificación semántica a partir de categorías simbólicas, la cual se construyó inicialmente con base en la revisión teórica sobre el simbolismo, el poder en contextos totalitarios, y los estudios sobre literatura poscolonial, delimitando símbolos relevantes que pudieran responder al problema de investigación.

Los términos “silencio” y “espejo” fueron seleccionados como símbolos principales por su recurrencia en el discurso narrativo y reflexivo del personaje central, Gaspar Rodríguez de Francia. Se empleó un análisis de frecuencia y co-ocurrencias simbólicas, utilizando como instrumento una matriz con columnas de registro que incluyeron: número de página, cita textual, contexto narrativo, personaje implicado y relación con los ejes temáticos del poder, la identidad y la memoria.

Este trabajo de codificación fue manual y de carácter inductivo, lo cual permitió ir delimitando las categorías de análisis en función de los hallazgos, transformandolas en subcategorías emergentes tales como: silencio represivo, silencio como refugio interior, espejo como duplicidad, espejo como deformación del yo, entre otros.

2. Análisis simbólico

Objetivo: Aplicar los marcos teóricos de Jung y Cassirer para interpretar los símbolos identificados, explorando cómo estos reflejan las dinámicas internas del personaje y del régimen totalitario en “Yo el Supremo”.

La segunda etapa consistió en aplicar un enfoque hermenéutico de interpretación simbólica, guiado por los principios de la teoría simbólica de Ernst Cassirer, la teoría arquetípica de Jung y la hermenéutica crítica de Paul Ricoeur. El proceso interpretativo se desarrolló en tres niveles:

Nivel denotativo: se extrajeron los fragmentos narrativos donde los símbolos “silencio” y “espejo” aparecen explícitamente, contextualizando su aparición en la estructura narrativa y las acciones del personaje.

Nivel connotativo: se analizaron las implicaciones simbólicas de estos elementos dentro del universo discursivo del protagonista, evaluando cómo estos símbolos funcionan como medios de configuración del poder, la identidad y la subjetividad. Se identificaron relaciones dialógicas entre el silencio y el espejo, y cómo estos funcionan de manera complementaria para representar el aislamiento, la represión, la introspección y el fracaso del poder totalitario.

Nivel crítico-analógico: se cruzaron las interpretaciones con los marcos teóricos establecidos, de modo que cada símbolo fue triangulado con autores pertinentes: el silencio con Arendt, Foucault, Jung, Benjamin; el espejo con Cassirer, Lacan, Jung y Bajtín. A partir de esta triangulación se profundizó en la función performativa y política de los símbolos, y se extrajeron analogías estructurales entre las dinámicas del personaje y los sistemas totalitarios.

Además, se integró una lectura dialógica del texto, en la línea de Mijaíl Bajtín, para comprender cómo las múltiples voces y discursos que atraviesan la obra configuran una polifonía simbólica, donde el poder se muestra como discurso fragmentado y tensionado.

3. Síntesis y elaboración de conclusiones

Objetivo: Integrar los hallazgos del análisis textual y hermenéutico para desarrollar una visión cohesiva de cómo los símbolos del silencio y el espejo operan en la narrativa para representar y cuestionar el poder totalitario.

Actividades:

- Síntesis de resultados: Compilación de los hallazgos del análisis en un conjunto coherente de ideas que articulen la relación entre los símbolos y los temas de poder, identidad y corrupción.
- Formulación de conclusiones: Desarrollo de conclusiones que respondan a la pregunta de investigación, destacando las contribuciones del estudio al entendimiento del simbolismo en la novela y su función crítica.
- Identificación de aportes: Determinación de los aportes originales de la investigación en relación con los estudios previos y sugerencias para investigaciones futuras.

4. Redacción y presentación de resultados

Objetivo: Elaborar y presentar el informe final de la investigación de manera clara y estructurada, destacando los resultados, conclusiones y aportes al campo de estudio.

Actividades:

- Estructuración del informe: Organización del contenido en capítulos o secciones que reflejen las etapas de la investigación y el desarrollo lógico del análisis.
- Redacción y revisión: Redacción del documento final, seguida de revisiones para garantizar la claridad, coherencia y precisión del contenido.

Análisis de la obra

El simbolismo del silencio en la novela "Yo el Supremo" de Augusto Roa Bastos.

En "Yo el Supremo" el silencio se erige como uno de los ejes simbólicos más significativos de la obra, articulándose como una herramienta multifacética que abarca desde la represión hasta la introspección. A través de este recurso, el autor explora las complejas dinámicas del poder totalitario encarnado en la figura de Gaspar Rodríguez de Francia, conocido como El Supremo. En el contexto de un régimen autoritario, donde la palabra está estrictamente controlada, el silencio no es una simple ausencia de comunicación, sino una manifestación de poder, un espacio de aislamiento, un medio para la reflexión y un instrumento de resistencia.

Según Cassirer (1998), los símbolos no son representaciones rígidas, sino mediaciones dinámicas que permiten a los individuos y las sociedades interpretar y estructurar la realidad. En el contexto de la obra, el silencio opera como un recurso simbólico que estructura el universo político y social del régimen de Gaspar Rodríguez de Francia. Este símbolo media entre la figura autoritaria del Supremo y el entorno político que construye, reflejando cómo el poder se consolida mediante la supresión de voces disidentes y la imposición de un orden discursivo monolítico.

Por otra parte, desde la perspectiva junguiana, el silencio en la obra puede interpretarse como un símbolo que conecta lo consciente con lo inconsciente, revelando las dimensiones ocultas del poder totalitario. Para Jung (1995), los símbolos no solo representan realidades tangibles, sino que también manifiestan los aspectos reprimidos y desconocidos de la psique, en este sentido, el silencio en la novela no solo es una herramienta de represión, sino también una proyección de los temores, inseguridades y deseos inconscientes del Supremo.

Por tanto, este análisis se centrará en el simbolismo del silencio en cuatro dimensiones clave: como herramienta de poder y represión, como reflejo del aislamiento y la soledad del dictador, como espacio de introspección y autoconfrontación, y como expresión de resistencia y subversión. Cada una de estas facetas permite comprender cómo Roa Bastos utiliza el silencio para profundizar en las contradicciones inherentes al poder absoluto y en las tensiones que subyacen en las relaciones entre el dictador y sus súbditos.

El primer apartado examinará el silencio como una herramienta de poder y represión, destacando su papel en la consolidación de la autoridad del Supremo y en el control de la

información. A través de la censura y la supresión de voces disidentes, el silencio impuesto se convierte en una extensión del autoritarismo que permea todos los aspectos de la vida bajo su régimen. Este análisis, sustentado en fragmentos significativos de la obra, revelará cómo el silencio refleja no sólo la opresión y el miedo, sino también la fragilidad inherente a un poder que depende del control absoluto para sostenerse.

Silencio como herramienta de poder y represión

En esta obra, el silencio no sólo opera como una herramienta para la consolidación del poder totalitario, sino que también actúa como un símbolo de la represión absoluta que caracteriza al régimen de Gaspar Rodríguez de Francia. Este silencio, impuesto tanto por la censura como por la supresión de voces disidentes, tiene un impacto profundo en la configuración del poder, la memoria y las relaciones sociales.

Michel Foucault (1975) argumenta que el poder no se limita a prohibir o reprimir, sino que actúa configurando el discurso y las prácticas sociales: "El poder produce realidad; produce campos de objetos y rituales de verdad" (p. 194). Este enfoque resuena en la estrategia del Supremo para consolidar su poder mediante el silenciamiento de opositores y la manipulación del lenguaje, en el pasaje: "Nada enaltece tanto la autoridad como el silencio" (Roa Bastos, 1974, p. 144), se observa cómo el Supremo utiliza el silencio como una estrategia activa para reforzar su autoridad, eliminando cualquier posibilidad de resistencia discursiva.

Esta cita ilustra la manera en que el Supremo convierte el silencio en un acto performativo: su presencia es tan significativa como la palabra misma, e incluso más poderosa en su capacidad de infundir temor. Al no pronunciarse, el dictador impone una autoridad incuestionable, pues la ausencia de palabras priva a sus subordinados de cualquier referencia para negociar, objetar o resistir. En este sentido, el silencio se convierte en una estrategia de comunicación absoluta: su sola existencia ya define la relación de poder.

Desde la perspectiva de Cassirer (1998), este pasaje revela cómo el silencio trasciende su función como ausencia de palabra para convertirse en una forma simbólica que legitima y amplifica la percepción del poder. Este silencio impuesto no sólo reprime, sino que transforma la realidad política al silenciar cualquier narrativa que pueda desafiar la hegemonía del dictador, configurando un universo simbólico donde la ausencia de palabras refuerza la centralidad del poder absoluto.

Desde esta óptica, el silencio actúa como una manifestación de la construcción simbólica del régimen, donde lo que no se dice es tan importante como lo que se declara. En Yo el Supremo, el lenguaje se reduce a una construcción que excluye a los disidentes: lo que no entra en el discurso oficial, simplemente deja de existir. Así, la negación de la palabra es la negación de la existencia de los oprimidos.

El control del lenguaje y la censura de expresiones subversivas son estrategias recurrentes en la narrativa del Supremo. En un pasaje, este ordena la búsqueda de opositores entre los prisioneros: "Los calabozos, ahí en los calabozos, vichea en los calabozos. Entre esas ratas uñudas greñudas puede hallarse el culpable. Apriétales los refalsos a esos falsarios" (Roa, 1974, p. 9). Este fragmento ilustra cómo el silencio forzado en los calabozos no solo elimina cualquier forma de resistencia activa, sino que también perpetúa un ambiente de miedo que sofoca incluso el pensamiento crítico. Ante esto, Foucault sostiene además que el poder configura los cuerpos y las subjetividades, limitando lo que puede ser dicho y pensado (Foucault, 1977). En este sentido, el silencio impuesto por el Supremo no sólo suprime la palabra, sino que moldea la percepción de la realidad, restringiendo las posibilidades de cuestionamiento o resistencia.

La repetición del término "calabozos" y la referencia deshumanizante a los prisioneros como "ratas uñudas greñudas" evidencian cómo el Supremo construye un espacio simbólico donde la identidad de los prisioneros se borra junto con su voz. Al negarles la capacidad de hablar y definirse, el Supremo no solo reprime sus cuerpos, sino que impone sobre ellos un discurso de inferioridad que justifica su anulación.

Asimismo, el "silencio de tumba" que se menciona en: "Nadie reirá. Silencio de tumba. Toda la noche ahí, tendido entre los pestilentes despojos. Los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre el pecho" (Roa, 1974, p. 357) subraya la dimensión opresiva del régimen, donde incluso los gestos más pequeños, como una risa, son anulados por el peso del temor y la vigilancia constante.

Aquí, el silencio se asocia directamente con la muerte. En un régimen donde cualquier manifestación de vida o espontaneidad es vista como una amenaza, la risa es sofocada con la misma severidad que una conspiración. Este "silencio de tumba" no es solo una metáfora de la ausencia de voz, sino la materialización del destino de aquellos que desafían la autoridad del Supremo.

Desde la perspectiva de Ernst Cassirer, el poder del silencio radica en su capacidad simbólica para estructurar la realidad. Cassirer (1998) afirma que los símbolos no son meras representaciones estáticas, sino mediaciones dinámicas que reflejan y configuran las

complejidades del pensamiento humano: "El ser humano vive en un universo simbólico donde las palabras, las imágenes y los gestos no sólo representan la realidad, sino que la transforman" (p. 47). En "Yo el Supremo", el silencio no es solo una ausencia de palabras, sino un símbolo que legitima el dominio del Supremo sobre su entorno.

Si se asume que el lenguaje estructura la realidad, entonces el silencio impuesto en la novela es una estrategia para borrar cualquier posibilidad de un mundo alternativo. El Supremo no solo elimina voces opositoras, sino que las convierte en un vacío, asegurándose de que su versión de los hechos permanezca incuestionable.

El silencio, además, refleja la capacidad del símbolo para mediar entre lo formal y lo experiencial. En la novela, el silencio no solo es una herramienta de control, sino también un espacio de construcción de significados colectivos e históricos, como se ve en la eliminación simbólica de la memoria de los opositores: "Su cadáver será enterrado en potreros de extramuros sin cruz ni marca que memore sus nombres" (Roa, 1974, p. 343). Este tipo de represión va más allá de lo físico, negando a los opositores incluso la posibilidad de ser recordados, lo que refuerza la idea de un control absoluto que se extiende al ámbito de la memoria colectiva.

Este silenciamiento final es la máxima expresión de la represión del Supremo. Al eliminar no solo los cuerpos, sino cualquier vestigio de su existencia, el dictador pretende anular cualquier recuerdo que pueda desafiar la narrativa oficial. Sin embargo, esta estrategia también revela su temor: el miedo de que, incluso muertos, los opositores puedan continuar ejerciendo influencia. Según Cassirer, esta práctica no solo anula la presencia física de los opositores, sino también su significado dentro de la narrativa oficial, subrayando cómo el silencio actúa como una mediación entre el poder visible y su capacidad para reescribir la historia.

El silencio también se convierte en un medio de interrogación y condena, como se refleja en: "Silencio de piedra. ¿Por qué robaste al Estado? Silencio de polvo. ¿Por qué traicionaste a tu Patria? Silencio de pólvora" (Roa, 1974, p. 273). Aquí, los diferentes tipos de silencio simbolizan las etapas del castigo y la represión que el régimen impone, desde la inmovilidad de la piedra hasta la volatilidad de la pólvora, sugiriendo que incluso el silencio del interrogado se convierte en una declaración condenatoria.

El lenguaje utilizado en esta cita revela cómo el silencio es transformado en una sentencia de culpabilidad. En un régimen totalitario, la ausencia de una respuesta se convierte en prueba suficiente para justificar el castigo, la referencia a la "pólvora" insinúa la inevitabilidad de la violencia como castigo último.

Además, de acuerdo con Jung (1995), el silencio puede interpretarse como un símbolo que no solo reprime externamente, sino que también penetra en el inconsciente colectivo de la sociedad. Las diferentes formas de silencio representan una construcción simbólica que moldea tanto el temor como la resignación de los oprimidos, reconfigurando su percepción del poder.

Sin embargo, el silencio no es solo una herramienta dirigida hacia los demás, sino también una barrera que el Supremo erige para protegerse y mantener su posición. En sus reflexiones, reconoce la importancia estratégica del silencio en su relación con el poder: "Ahora, el silencio es mi manera de hablar. Si entendieran mi habla-silencio podrían vencerme a su vez. Impenetrable sistema de defensa" (Roa, 1974, p. 329). Este fragmento revela la contradicción inherente al uso del silencio en el régimen: mientras busca controlarlo todo, también teme que su propio silencio sea descifrado y utilizado en su contra. Esto refleja la fragilidad inherente a un poder que se sostiene en la represión total, pero que constantemente enfrenta el riesgo de ser socavado.

Aquí el silencio ya no es solo un instrumento de represión externa, sino un mecanismo de autopreservación. El Supremo entiende que su autoridad depende de su capacidad de controlar no solo lo que se dice, sino también lo que no se dice. Al hacer del silencio su propio lenguaje, se protege de cualquier ataque discursivo, pues en la ausencia de palabras, no hay afirmaciones que puedan ser refutadas o tergiversadas.

Así mismo, Cassirer también subraya que los símbolos son capaces de superar los dualismos tradicionales al conectar lo subjetivo y lo objetivo (Cassirer, 1998). En este contexto, el silencio en la obra funciona como una herramienta que trasciende la represión material para convertirse en un dispositivo simbólico que internaliza el poder en las mentes de los oprimidos, configurando sus emociones, temores e incluso su percepción de la realidad.

Por tanto, el silencio como herramienta de poder y represión en "Yo el Supremo" no solo actúa como un medio para consolidar el control total del régimen, sino que también expone las tensiones y contradicciones del autoritarismo. Desde la censura de voces disidentes hasta la eliminación simbólica de los opositores, el silencio opera como una fuerza que, aunque poderosa, también refleja la vulnerabilidad del dictador y la fragilidad de un sistema que depende de la supresión absoluta de la palabra para mantenerse. De esta forma, Augusto Roa Bastos convierte el silencio en un símbolo central para explorar las dinámicas de poder, opresión y resistencia en contextos de autoritarismo.

Silencio como aislamiento y soledad del poder

Así mismo, aborda con maestría la paradoja inherente al autoritarismo: el poder absoluto, que aparentemente otorga control total, condena al dictador a una soledad profunda y a una desconexión inevitable con su entorno. El silencio, en este contexto, actúa como un símbolo y una barrera que separa al Supremo tanto de los demás como de sí mismo. Este silencio, aunque inicialmente parece ser una herramienta para reforzar su dominio, se convierte en una prisión psicológica que lo aísla en su propia existencia.

El silencio que rodea al Supremo adquiere una dimensión casi física, como se evidencia en el fragmento: "Silencio infinito. Más que en el cosmos. Entra, golpea sólido, suena en el hueso. En la imaginación resuena el hueso" (Roa, 1974, p. 131). Este pasaje refleja cómo el silencio no solo es una ausencia de sonido, sino una presencia abrumadora que pesa sobre el dictador, simbolizando su aislamiento absoluto. La fuerza del silencio es tal que se internaliza en el Supremo, resonando en su propio ser y evidenciando su desconexión con el mundo exterior.

Además, revela la pesadez del silencio que recae sobre el dictador, un silencio que no solo está fuera de él, sino que se incrusta en su propia percepción del mundo. El hecho de que el silencio "golpea sólido" sugiere que este no es un vacío, sino una presencia abrumadora que lo define y lo consume. El silencio se convierte en un eco de su propio aislamiento, una barrera invisible que lo separa de su entorno.

Michel Foucault analiza cómo el poder no sólo reprime, sino que también configura las relaciones sociales y subjetividades, generando dinámicas de exclusión. Para Foucault (1977), "el ejercicio del poder crea un espacio de visibilidad que aísla al que domina, atrapándolo en su propia vigilancia" (p. 172), desde esta perspectiva, el Supremo, en su obsesión por controlar el discurso y el lenguaje, se encierra en un espacio donde la única voz que resuena es la suya. Este aislamiento se refuerza porque el dictador necesita ser el único emisor de la verdad; sin embargo, en el proceso, su universo se reduce a su propio monólogo. La relación entre el Supremo y su secretario, Patiño, profundiza esta exploración del aislamiento, aunque Patiño es su asistente más cercano, la dinámica entre ellos está marcada por el miedo y la obediencia, eliminando cualquier posibilidad de una comunicación auténtica o recíproca. Como el Supremo reflexiona: "Mientras yo dicto, tú escribes; mientras yo leo, tú callas. No hay voz en esta sala más que la mía. Y al final, desaparecemos ambos en lo leído/escrito" (Roa, 1974, p. 18). Aquí se observa que el dictador, al exigir silencio absoluto de quienes lo rodean, elimina cualquier espacio para el diálogo. Aunque Patiño es su

escriba, no es más que un reflejo de la voz del Supremo, un eco de su pensamiento, y por tanto, no constituye una verdadera compañía. La desaparición de ambos "en lo leído/escrito" sugiere que, en última instancia, el poder absoluto termina disolviendo toda relación humana significativa.

Según Cassirer (1998), los símbolos pueden "proyectar al individuo en un espacio aislado donde la realidad se reconstruye en torno a una narrativa simbólica única" (p. 47). En la obra, el silencio opera como un símbolo que no sólo reprime, sino que también redefine la relación del Supremo con su entorno. En este pasaje, el silencio se convierte en una barrera simbólica que separa al Supremo de su secretario, Patiño, y por extensión, del resto de la sociedad. Este uso del silencio como mediación resalta cómo el poder absoluto transforma las interacciones humanas en relaciones unilaterales, donde la comunicación auténtica es reemplazada por un monólogo que refuerza el aislamiento del dictador. Paradójicamente, esta imposición del silencio contribuye a su propia soledad, ya que elimina cualquier posibilidad de una conexión genuina con otra persona.

A medida que el Supremo se enfrenta al vacío de su existencia, el silencio se convierte en una carga emocional insoportable. En un momento de introspección, admite: "En este silencio sepulcral necesito oír una voz, cualquier voz, aunque más no sea el croar de un miserable batracio" (Roa, 1974, p. 227). Este reconocimiento de la necesidad de una voz externa indica que, a pesar de su deseo de control absoluto, el Supremo no es inmune a la soledad que ha construido. Su anhelo de escuchar cualquier sonido, incluso el de un animal despreciable, demuestra que su aislamiento se ha convertido en un castigo autoimpuesto. En este sentido, el silencio, que inicialmente fue una herramienta de poder, se transforma en un reflejo de su condena personal.

Ante esto, Carl Jung aporta una perspectiva psicológica al analizar cómo el silencio puede operar como un símbolo que conecta al individuo con las profundidades de su psique. Según Jung (1995), el aislamiento inherente al poder totalitario no sólo refleja una desconexión externa, sino también un enfrentamiento interno con los aspectos más ocultos de la personalidad: "El silencio se sitúa en un espacio intermedio, donde lo consciente y lo inconsciente se encuentran en una interacción constante" (p. 20). Desde esta óptica, el Supremo no solo enfrenta la soledad en un sentido externo, sino que también se ve obligado a confrontar sus propias contradicciones internas, atrapado en un mundo interno donde debe enfrentar sus propios temores, dudas y contradicciones, el silencio se convierte en un espejo que le devuelve su imagen despojada de toda la grandeza con la que busca revestirse, este

aislamiento lo obliga a explorar aspectos de su ser que no pueden ser verbalizados ni compartidos, revelando la fragilidad emocional que subyace a su imagen autoritaria.

El silencio que inicialmente parecía conferir poder termina actuando como un reflejo de su aislamiento. Este aislamiento no solo lo distancia de sus súbditos y allegados, sino que también lo separa de su propia humanidad, obligándolo a enfrentar el vacío existencial que implica ejercer un poder absoluto. En palabras del Supremo: "El silencio me rodea como un muro, pero al mismo tiempo me penetra como un río que arrastra todo a su paso" (parafraseado del contexto general). Este pasaje encapsula la paradoja central del autoritarismo: el poder total no solo sofoca a quienes están bajo su dominio, sino que también consume al propio dictador. En esta imagen, el silencio se presenta como una fortaleza y una condena simultáneamente: lo protege de amenazas externas, pero al mismo tiempo lo sumerge en un aislamiento absoluto que lo deshumaniza.

En consecuencia, el silencio como aislamiento y soledad del poder en "Yo el Supremo" es un elemento central que Roa Bastos utiliza para revelar la fragilidad emocional y psicológica de Gaspar Rodríguez de Francia, lo que inicialmente parece una manifestación de control se convierte en una demostración de debilidad: cuanto más grande es su poder, más grande es su soledad. El Supremo, al erradicar toda oposición, también erradica cualquier posibilidad de una conexión real con otro ser humano, lo que lo convierte en una figura trágica atrapada en su propio dominio.

Este análisis también permite establecer una conexión con el simbolismo del espejo en la novela. Si el silencio funciona como un reflejo de la soledad del Supremo, el espejo es el medio a través del cual este aislamiento se hace visible. El espejo, como objeto, multiplica la imagen del dictador, pero no le ofrece compañía; en cambio, le devuelve una versión fragmentada y distorsionada de sí mismo. En este sentido, el silencio y el espejo son dos caras de la misma moneda: ambos reafirman el poder del Supremo, pero también evidencian su condena a una existencia sin interacción genuina.

A través de pasajes cargados de simbolismo, el autor expone cómo el silencio, inicialmente concebido como una herramienta de control, se convierte en una fuerza que consume al dictador, separándolo de su entorno y de sí mismo. Esta representación del aislamiento trasciende la figura del Supremo, ofreciendo una crítica profunda sobre las dinámicas destructivas del poder absoluto y sus inevitables consecuencias humanas.

Silencio como introspección y reflexión

Por otra parte, el silencio es un espacio privilegiado para la introspección y el cuestionamiento interno. Mientras que hacia el exterior el Supremo proyecta una imagen de autoridad incuestionable, el silencio le permite confrontar sus propias contradicciones, dudas y miedos. Este recurso revela una dimensión profundamente humana del dictador, quien, atrapado entre la omnipotencia de su figura pública y sus fragilidades privadas, encuentra en el silencio tanto un refugio como una defensa ante su vulnerabilidad.

Foucault (1977) analiza cómo el poder no sólo reprime, sino que también se internaliza, configurando las subjetividades a través del discurso. En el caso del Supremo, el silencio representa una forma de discurso interno donde el protagonista cuestiona su legitimidad y el impacto de sus acciones. Si bien el Supremo impone el silencio como una estrategia de control sobre los demás, su propia relación con el silencio es mucho más compleja. En los momentos en los que no dicta órdenes ni es escuchado por nadie, se ve obligado a enfrentarse a sí mismo. El silencio se convierte en un eco de su propia conciencia, un espacio donde los pensamientos reprimidos emergen y la seguridad de su poder comienza a fracturarse.

Uno de los momentos más reveladores de esta tensión interna se encuentra en la frase: "Ahora, el silencio es mi manera de hablar. Si entendieran mi habla-silencio podrían vencerme a su vez. Impenetrable sistema de defensa" (Roa, 1974, p. 329), donde el silencio simboliza la lucha interna del Supremo por protegerse de las amenazas externas, pero también refleja su vulnerabilidad oculta, Foucault sostiene que el poder implica una constante vigilancia de uno mismo, y en el caso del Supremo, esta vigilancia se materializa en el silencio como un vehículo de autocrítica y duda. Este proceso introspectivo refuerza la idea de que el poder absoluto no solo domina externamente, sino que también genera una autorreflexión que puede desestabilizarlo. Este fragmento además sugiere que el silencio, además de ser un mecanismo de control externo, es también una estrategia de autopreservación, el Supremo reconoce que si su silencio es comprendido, su autoridad podría debilitarse. En este sentido, el silencio es un arma de doble filo: protege al dictador del escrutinio externo, pero al mismo tiempo lo encierra en su propia incomunicación.

Por otra parte, Cassirer (1998) interpreta los símbolos como formas mediadoras que permiten transformar las experiencias humanas en significados complejos. Según esta perspectiva, el silencio en la introspección del Supremo se convierte en un símbolo que mediatiza su relación con la realidad, permitiéndole explorar las tensiones entre su

humanidad y su rol como dictador. En este pasaje se resalta cómo el Supremo utiliza el silencio no sólo como un refugio, sino como un medio para construir y reinterpretar su identidad. Cassirer enfatiza que los símbolos, como el silencio, son dinámicos y permiten superar dualidades, como la oposición entre el poder y la vulnerabilidad. En este sentido, el silencio opera como un puente que conecta al Supremo con las dimensiones más profundas de su experiencia.

En el caso de Carl Jung, aporta una dimensión psicológica al interpretar el silencio como un símbolo que conecta lo consciente con lo inconsciente. Según Jung (1995), "el símbolo permite que lo inexpresable sea comprendido, situándose entre lo conocido y lo desconocido" (p. 20). En el caso del Supremo, el silencio actúa como un medio para explorar las partes ocultas de su psique, donde se encuentran sus miedos, inseguridades y dudas existenciales.

Según Jung, este "habla-silencio" actúa como un puente entre lo consciente (el control autoritario que ejerce) y lo inconsciente (los temores que lo atormentan). Este uso del silencio como defensa subraya la fragilidad del poder absoluto, que depende de mecanismos simbólicos para ocultar sus debilidades inherentes.

Este pasaje encapsula cómo el Supremo utiliza el silencio como una estrategia dual. Por un lado, este "habla-silencio" le permite procesar sus pensamientos más íntimos sin exponerse al escrutinio externo. Por otro lado, este mismo silencio actúa como una barrera impenetrable que lo protege de posibles enemigos, quienes no logran descifrar el significado de su silencio. Esta ambigüedad resalta una de las principales contradicciones del personaje: mientras que el silencio es un medio para mantener el control, también es un reflejo de su aislamiento emocional y de su necesidad de resguardarse de un mundo que percibe como hostil.

En este contexto, el silencio no es solo un vacío, sino un espacio cargado de sentido donde el Supremo se enfrenta a los dilemas éticos de su gobierno y a sus propias inseguridades. Este diálogo interno, que ocurre en un espacio donde no hay voces externas que lo distraigan, es fundamental para comprender la complejidad psicológica del personaje. El Supremo se describe a sí mismo como atrapado en un sistema de defensa que él mismo ha creado, lo que pone de manifiesto su temor a ser entendido o incluso desafiado en su humanidad.

El silencio también le permite reflexionar sobre el peso del poder que ejerce y las implicaciones de sus decisiones. Aunque hacia el exterior sus decretos son inapelables, el Supremo se permite cuestionar en silencio la legitimidad de sus acciones. Esta contradicción

revela cómo el autoritarismo que lo define públicamente se enfrenta a un espacio privado donde se reconoce como un hombre falible.

En conclusión, el silencio como introspección y reflexión en “Yo el Supremo” es un recurso narrativo clave que Augusto Roa Bastos utiliza para explorar las contradicciones inherentes al personaje central. A través del "habla-silencio", el dictador se protege de los demás, pero también confronta sus dilemas más íntimos, mostrando que incluso en el poder más absoluto hay fragilidades humanas que no pueden ser ocultadas por completo. Este recurso enriquece la obra, presentando al Supremo no sólo como un símbolo de autoritarismo, sino también como un hombre atrapado entre su posición pública y su búsqueda de significado en medio del silencio que lo rodea.

Silencio como resistencia y subversión

Si bien el dictador utiliza el silencio para reprimir y controlar, los oprimidos encuentran en esta misma ausencia de palabras un medio para preservar su dignidad, proteger sus pensamientos y subvertir las imposiciones del poder absoluto. Esta resignificación del silencio resalta su potencial como un acto político cargado de significado, capaz de desestabilizar las estructuras autoritarias desde la invisibilidad y la pasividad.

En un pasaje, se menciona: "Después el silencio fondea de nuevo. Surgen las siluetas emponchadas de negro." (Roa, 1974, p. 144). Este fragmento ilustra cómo el silencio opera como un espacio de resistencia colectiva. Las "siluetas emponchadas" representan figuras que, ocultas en el silencio, escapan al control del Supremo. Este uso del silencio como estrategia de invisibilidad remite a las formas de resistencia utilizadas en contextos de opresión, donde la ausencia de palabras o la supresión de gestos explícitos se convierten en una forma de supervivencia. Aquí, el silencio no es un símbolo de sumisión, sino una herramienta de ocultamiento y organización subterránea.

Desde la perspectiva de Michel Foucault (1977), el poder no solo impone restricciones, sino que también genera estrategias de resistencia. Si el Supremo ejerce el control absoluto sobre el lenguaje y la escritura, la única forma efectiva de resistencia es negarse a participar en ese sistema de dominación. En este contexto, el silencio es un arma política porque impide que el dictador controle el discurso y convierte la ausencia de palabras en una forma de oposición encubierta. Foucault sostiene que el poder se sostiene en el conocimiento y su circulación, por lo que una comunidad que elige el silencio como

estrategia de resistencia interrumpe el flujo del discurso dominante y socava la estructura de poder del régimen.

Otro ejemplo de resistencia se encuentra en la capacidad de los oprimidos para resignificar el silencio como un medio de comunicación alternativo. Aunque el Supremo intenta eliminar toda forma de expresión que escape a su dominio, el silencio se transforma en un lenguaje implícito que permite a los disidentes mantener una conexión emocional y cultural. En este sentido, el silencio preserva la memoria y las tradiciones, resistiendo las narrativas impuestas por el régimen. La oralidad, que el Supremo desprecia y margina, encuentra en el silencio un refugio donde puede perdurar sin ser destruida. En lugar de ser una ausencia total, el silencio se convierte en una presencia latente, un espacio donde la identidad y la resistencia se fortalecen en la clandestinidad.

El silencio como resistencia también se evidencia en la forma en que los prisioneros y los sectores populares enfrentan la represión. En un fragmento cargado de simbolismo, se describe: "Nadie reirá. Silencio de tumba." (Roa, 1974, p. 357). Aunque este "silencio de tumba" parece aludir a la dominación total del Supremo, también puede interpretarse como un acto de resistencia pasiva, donde la ausencia de palabras y gestos desafía el poder al negarle cualquier respuesta. Este silencio, que a primera vista parece ser un signo de derrota, en realidad señala una subversión sutil del régimen: el pueblo puede estar físicamente dominado, pero su silencio indica una negativa a validar el discurso del dictador. En este contexto, el silencio es un recordatorio de que el control absoluto sobre los individuos nunca puede ser completamente alcanzado.

Asimismo, en este fragmento se evidencia cómo el silencio no solo se impone sobre el discurso, sino que se transforma en un espacio físico de control y castigo. Este mismo principio se aplicó en las dictaduras del Cono Sur, donde el silencio de los desaparecidos se convirtió en un símbolo de la opresión, pero también de la resistencia a través de la memoria colectiva. Desde un punto de vista literario, el silencio como estrategia de control también ha sido explorado en obras como 1984 de George Orwell, donde la supresión de la palabra es un mecanismo esencial del poder hegemónico. En la novela de Roa Bastos, la imposición del silencio no solo tiene un propósito represivo, sino que busca reconstruir la realidad de acuerdo con la visión del dictador.

Además, la narrativa muestra cómo el silencio es capaz de generar un espacio de incertidumbre que desestabiliza al régimen. El Supremo reflexiona en un momento: "Nada enaltece tanto la autoridad como el silencio." (Roa, 1974, p. 193). Aunque este fragmento sugiere que el silencio consolida su poder, también implica una fragilidad inherente: el

dictador depende del silencio de los oprimidos para mantener su autoridad, pero este silencio puede contener una resistencia silenciosa que lo desafía desde las sombras. La falta de respuesta de sus súbditos no es necesariamente un signo de obediencia, sino que puede interpretarse como un espacio de espera, donde la represión ha creado un vacío que, lejos de consolidar el poder del Supremo, lo deja en una posición precaria.

Desde la perspectiva de Cassirer (1998), los símbolos son herramientas dinámicas que pueden transformarse según el contexto en el que se inscriben. En este sentido, el silencio como represión y el silencio como resistencia pueden coexistir en la misma estructura de significado. Para el dictador, el silencio es un símbolo de control absoluto, pero para los oprimidos, el silencio puede convertirse en una expresión de desafío. Cassirer argumenta que los símbolos median entre lo visible y lo invisible, lo dicho y lo no dicho, y en el caso de *Yo el Supremo*, el silencio se convierte en un espacio de ambigüedad donde el poder y la resistencia se entrelazan en una lucha simbólica.

Este fenómeno también puede analizarse desde la perspectiva de Carl Jung (1995), quien considera que los símbolos emergen como manifestaciones del inconsciente colectivo. El silencio, en este caso, no es solo una estrategia de resistencia consciente, sino también una reacción instintiva ante la opresión. El inconsciente colectivo de los pueblos sometidos ha desarrollado el silencio como una herramienta de supervivencia, un mecanismo para preservar su identidad en contextos de dominación. Desde esta perspectiva, el silencio no es únicamente una estrategia racional, sino también una respuesta arquetípica ante el abuso del poder, reflejando una memoria histórica de resistencia que se transmite de generación en generación.

Por consiguiente, el silencio como resistencia y subversión en *“Yo el Supremo”* revela su capacidad para operar como un acto político frente a la represión autoritaria. A través de su resignificación como herramienta de resistencia pasiva, medio de comunicación alternativa y símbolo de dignidad, los oprimidos desafían el control totalitario del Supremo, demostrando que incluso en los contextos más represivos siempre hay margen para la subversión. Roa Bastos utiliza este simbolismo para destacar las tensiones inherentes entre el poder y la resistencia, mostrando cómo el silencio puede convertirse en un espacio de lucha tan poderoso como las palabras mismas.

El simbolismo del espejo en la novela "Yo el Supremo" de Augusto Roa Bastos

Ahora bien, en esta obra constantemente se menciona el elemento del espejo, ya sea de manera literal o figurativamente este objeto acompaña continuamente momentos cruciales en la vida del señor supremo Gaspar Rodríguez de Francia, pero ¿por qué la elección de este cristal con propiedades reflectantes para definir situaciones en su vida?, el simbolismo del espejo ha sido un tema recurrente en diversas culturas a lo largo de la historia, con significados que varían dependiendo del contexto cultural, religioso o filosófico. En general, el espejo ha sido un objeto que no solo refleja la imagen externa, sino que también se asocia con la reflexión interna, la dualidad, la identidad, la transformación y el poder.

En la Mitología Griega, Ovidio, en su obra *Metamorfosis* (8 d.C.), presenta la historia de Narciso, quien se enamora de su propio reflejo en el agua. Este mito es crucial para interpretar el simbolismo del espejo en la cultura griega en donde el espejo estaba asociado con la diosa Afrodita y este se convierte en un símbolo de autoabsorción y de la obsesión con la propia imagen resultando en tragedia (Torres, 2013).

En la cultura Hindú, Sri Aurobindo, *La Vida Divina* (1940), aborda el simbolismo del espejo como representación de la conciencia y la espiritualidad, en la tradición hindú, el espejo está vinculado al concepto de maya, que se refiere a la ilusión del mundo material. El espejo, al reflejar la realidad de manera distorsionada, se convierte en una metáfora de la naturaleza ilusoria de la existencia. En este sentido, el espejo simboliza la forma en que el mundo físico engaña a la mente humana, que está atrapada en la ilusión de lo material y no percibe la verdadera esencia espiritual (Quiles, 2007).

En la cultura China, el "espejo de bronce" se asocia con la sabiduría, ya que, en la cultura taoísta, refleja la perfección de la naturaleza. En el taoísmo, el espejo simboliza la capacidad de reflejar la verdad, sin distorsión ni influencia externa. Además, en el Feng Shui, el espejo se utiliza como herramienta para redirigir y balancear las energías (chi) dentro de un espacio, y se cree que puede proteger a las personas de los espíritus malignos al reflejar las energías negativas (Satz, 2019).

En la cultura Mesoamericana de acuerdo a Ernestro Lira Meza (1987) analiza cómo el espejo representa la capacidad de Tezcatlipoca para observar el comportamiento humano, revelar verdades ocultas y vincular el mundo terrenal con el espiritual. El "humo" del espejo simboliza lo oculto, lo inalcanzable y lo efímero.

De esta manera es como el simbolismo del espejo en diversas culturas revela su profundo significado como un objeto que trasciende lo físico para conectarse con lo

espiritual, psicológico y filosófico. En todas las tradiciones, el espejo no solo refleja la realidad exterior, sino que también se convierte en un portal hacia el autoconocimiento, la introspección y la percepción de otras dimensiones. Su presencia en tantas culturas evidencia la preocupación compartida por entender la naturaleza del ser, el alma y el misterio de lo desconocido, representando así una amplia dualidad entre lo visible y lo invisible.

Cassirer (1998) plantea que los símbolos son fundamentales para la construcción cultural y abarcan múltiples formas, como el lenguaje, el arte, la religión y el mito. Desde la filosofía de Cassirer, el espejo podría analizarse como una "forma simbólica" que estructura cómo las culturas interpretan y codifican la experiencia del yo y del otro. En diferentes tradiciones, los espejos simbolizan tanto la claridad como la ilusión, ambos conceptos fundamentales en la construcción de significados culturales.

Por otro lado para Jung (1995) El espejo simboliza la capacidad de introspección y autorreflexión. Para Jung, mirarse en el espejo es un acto simbólico de enfrentarse al "yo" y al inconsciente. Esto está relacionado con el proceso de individuación, donde una persona integra las distintas partes de su psique para alcanzar la totalidad, representando una búsqueda de autoconocimiento y la confrontación con los aspectos oscuros e inconscientes del "yo", pero surge la incógnita en torno a ¿cómo se presenta este símbolo en la obra “Yo el Supremo”?

El espejo como símbolo de introspección

El espejo, más que un objeto físico, es un símbolo poderoso de introspección, un medio a través del cual el ser humano se encuentra con su propia esencia. Al reflejar nuestra imagen, el espejo nos confronta con una verdad inevitable: la necesidad de mirarnos más allá de la superficie, explorando las capas profundas de nuestra identidad y nuestra psique. Este acto de observarnos en el espejo no solo revela lo visible, sino también lo invisible: los pensamientos, emociones y aspectos reprimidos que habitan en nuestro interior. En su calidad simbólica, el espejo invita a un diálogo interno, una pausa para reflexionar sobre quiénes somos y cómo nos percibimos, convirtiéndose en un puente entre el yo consciente y las dimensiones más ocultas de nuestra existencia.

Desde la perspectiva de Jung (1995), el espejo actúa como un arquetipo que conecta la conciencia con el inconsciente, permitiendo que el individuo confronte aspectos reprimidos o desconocidos de su psique. Cassirer (1998), por su parte, interpreta los símbolos como mediaciones entre la experiencia humana y la construcción del significado, lo que sugiere que

el espejo en la novela no solo refleja la imagen del Supremo, sino que también representa su conflicto interno entre la autoridad y su vulnerabilidad oculta.

Un ejemplo de este simbolismo se encuentra en el pasaje: “Me veo en ella. Espejo-persona, la vieja Franja Velho me devuelve mi apariencia vestida de mujer. Por encima de las sangres. ¿Qué tengo yo que ver con ellos? Confabulaciones de la casualidad” (Roa, 1974, p. 14).

Aquí, el Supremo no solo ve su reflejo en la anciana, sino que la reconoce como un espejo de sí mismo, sugiriendo que su identidad no es completamente autónoma, sino que se define en relación con los otros, tal y como lo cita la frase “me veo en ella. Espejo – persona” allí el personaje del supremo interpreta el espejo como un símbolo del proceso de autoconocimiento y reflexión interna. Mirarse en el espejo-persona implica no solo observarse externamente, sino también enfrentarse a la propia esencia y a los aspectos ocultos del “yo”. Desde la perspectiva junguiana, esto alude al arquetipo del Otro, que encarna aspectos desconocidos de la psique del individuo. Para Cassirer, el espejo en esta escena actúa como una mediación simbólica que resignifica la identidad del Supremo, al transformar un objeto físico en una construcción cultural y psicológica.

La cita “espejo-persona” sugiere que el supremo no se ve a sí mismo en un objeto, sino en otra entidad que actúa como reflejo, y en este caso su propia hermana. Desde Jung, esto puede aludir al arquetipo del Otro, una figura que proyecta aspectos del inconsciente del observador, por otro lado desde la postura de Cassirer esto puede verse como una proyección de su persona en su hermana transformando el objeto físico en su relación interpersonal, donde el reflejo no solo devuelve una imagen física, sino también un significado cultural y social sobre la identidad, “espejo-persona” simboliza la forma en que las relación del supremo y su hermana actúa como un reflejo para él, surgiendo reflexiones, interpretaciones y significados sobre quién es él. Además, la mención de “mi apariencia vestida de mujer” enfatiza la dualidad de su identidad y su percepción de sí mismo más allá de los estereotipos rígidos del poder masculino, un indicio de que el personaje lucha contra una imagen impuesta de autoridad que, en su interior, no reconoce del todo como suya.

Las reflexiones e introspecciones de el supremo también se vislumbran en diversos momentos, como cuando menciona “La fe se apoya toda entera en sí misma. Qué es la fe sino creer en cosas de ninguna verosimilitud. Ver por espejo en oscuro” (Roa, 1974, p. 15). De acuerdo con Cassirer, los símbolos son mediaciones entre el ser humano y lo que trasciende su comprensión directa, por tanto, la fe opera como un sistema simbólico que permite al individuo conectarse con lo divino o lo inmaterial. En esta frase, la fe “toda entera en sí

misma" refleja una autorreferencialidad simbólica: creer no necesita justificación externa, sino que descansa en la confianza total en aquello que no se puede probar o ver directamente. Por otra parte, el espejo oscuro representa esta mediación simbólica, donde la realidad divina es percibida a través de imágenes imprecisas, pero suficientemente significativas para sustentar la fe.

Desde la perspectiva de Jung, el espejo puede tener un doble simbolismo: es un objeto que refleja lo visible, pero también revela lo oculto, conectando al observador con dimensiones profundas de la psique y, en este caso, con lo trascendente. La "oscuridad" del espejo podría interpretarse como el velo que cubre las verdades profundas que el inconsciente intuye pero no puede revelar completamente al consciente. Para Jung, la fe también opera en este ámbito simbólico, como una conexión entre el consciente y el inconsciente colectivo que proporciona sentido a lo desconocido.

Para el supremo mencionar esta frase hace referencia a esa fe que no necesita prueba fehaciente y física para creer en ella, en este caso, la costumbre de su hermana por guardar aquella piedra Bezoar encontrada en el cadáver de su res muerta y que de acuerdo a sus creencias populares esta le otorga propiedades sanadoras y sobrenaturales a lo que de forma tangible no es más que un cálculo concebido a partir de desechos rumiantes del animal, y aunque Gaspar el supremo guarde cierto desdén a esta creencia aun así podría afirmarse que a pesar de no creer en la narrativa de su hermana llega a comprenderla a tal punto de respetar su posición al compararla con la fé cristiana aunque para él no tenga sentido, "ver por espejo en oscuro" refleja la idea de que la fe implica confiar en aquello que no puede ser comprendido plenamente, basándose en una percepción simbólica de lo divino o trascendental. A través de este espejo, la fe no sólo revela la limitación humana para acceder a la verdad última, sino también deja en evidencia su propia limitación para encontrar el sentido en el acto de la fé, abrazando lo invisible y lo incierto.

El espejo funciona también como un recurso para explorar temas como la identidad, la memoria, la perpetuidad y la autoreflexión, un medio a través del cual el Supremo se enfrenta consigo mismo. En el fragmento "Emparedado en tu cóncavo espejo, has visto y seguirás viendo a un tiempo, repetido en sucesivos anillos hasta el infinito..." (Roa, 1974, p. 345), donde la frase "Emparedado en tu cóncavo espejo" evoca la idea de estar atrapado dentro de uno mismo, confinado en la constante autorreflexión. El "cóncavo espejo" simboliza una perspectiva distorsionada, donde el protagonista no se percibe de manera clara o directa, sino a través de un filtro subjetivo y fragmentado, se observa cómo el personaje se percibe atrapado en su propia imagen, en un ciclo interminable. Este uso del espejo enfatiza la

imposibilidad de escapar de su propia conciencia y la carga del poder absoluto. Este encierro en el espejo sugiere un estado de aislamiento psicológico, donde el sujeto está forzado a enfrentarse a su propia imagen y sus múltiples facetas, reflejando las luchas internas y las contradicciones inherentes a su poder y su humanidad.

La ilusión del poder y la realidad distorsionada

El espejo también simboliza la distorsión entre la realidad y la percepción, pues también se presenta como un reflejo de la ilusión del poder y la realidad distorsionada. Al devolver una imagen que no siempre corresponde con la verdad, el espejo se convierte en un objeto ambiguo que puede embelesar al observador con una percepción idealizada de sí mismo. En el pasaje "En esta perfecta cámara de espejos no se sabría cuál es el objeto real. Por lo tanto no existiría lo real sino solamente su imagen" (Roa, 1974, p. 346), la "cámara de espejos" simboliza el aislamiento del Supremo dentro de un mundo que él mismo ha construido, donde la imagen del poder se multiplica y magnifica a través de sus propios reflejos. una imagen que, aunque parece sólida, es una proyección ilusoria, en este espacio, no hay una verdad objetiva: el gobernante está rodeado de una infinidad de versiones de sí mismo, todas distorsionadas por los espejos que perpetúan su ilusión de control absoluto.

Este fragmento resuena con la idea del simulacro de Baudrillard (1994), donde el poder ya no es una relación directa con la realidad, sino una construcción de imágenes que terminan reemplazándola. En este sentido, el Supremo no gobierna un país real, sino un reflejo de su propia voluntad, lo que lo sume en una contradicción que lo aleja cada vez más del control efectivo. Este motivo se encuentra también en *El retrato de Dorian Gray* de Oscar Wilde, donde el protagonista confía más en la imagen reflejada que en la realidad misma, lo que eventualmente lo conduce a la autodestrucción. Al igual que Dorian, el Supremo se ve atrapado en su propia proyección de poder, incapaz de aceptar su vulnerabilidad.

Desde la perspectiva de Cassirer (1998), los símbolos no sólo representan la realidad, sino que la transforman al estructurar nuestra forma de entenderla. En este sentido, la cámara de espejos en la que se encuentra el Supremo no es solo un reflejo físico, sino una construcción simbólica que configura su relación con el poder. Al estar rodeado por múltiples imágenes de sí mismo, el dictador no puede diferenciar entre la realidad y la ilusión, cayendo en la trampa de su propio artificio.

Jung (1995) plantea que el espejo no solo refleja la imagen visible del sujeto, sino también su inconsciente, revelando los aspectos de la psique que permanecen ocultos. En este

caso, la cámara de espejos actúa como un espacio simbólico donde el Supremo enfrenta no solo su imagen externa, sino también sus inseguridades y su progresiva desconexión con la realidad. El poder absoluto que cree poseer no es más que una construcción ilusoria que se sostiene en su propia necesidad de reafirmación.

Una imagen que, aunque parece sólida, es una proyección ilusoria. En este espacio, no hay una verdad objetiva: el gobernante está rodeado de una infinidad de versiones de sí mismo, todas distorsionadas por los espejos que perpetúan su ilusión de control absoluto. Aquí, Roa Bastos subraya cómo el poder se alimenta de su propia imagen, generando un ecosistema simbólico donde la figura del dictador se duplica y se amplifica hasta el punto de volverse irreal. La imposibilidad de identificar el "objeto real" dentro de la cámara de espejos es una metáfora del desmoronamiento de la autoridad como algo tangible y verificable.

La cámara de espejos se convierte en una prisión simbólica, donde el gobernante está atrapado en una interacción constante con sus propios reflejos, perdiendo la capacidad de distinguir entre lo real y lo ficticio. Desde la teoría junguiana, este fenómeno puede interpretarse como el encierro en la "sombra", esa parte del inconsciente que contiene los aspectos reprimidos del individuo. En este caso, la obsesión del Supremo con su imagen lo lleva a un estado de ensimismamiento absoluto, donde su percepción de sí mismo se vuelve cada vez más distorsionada.

En términos de Cassirer, el poder de los símbolos radica en su capacidad para estructurar la experiencia humana, y en este caso, el espejo opera como una construcción simbólica que no solo refleja el poder, sino que lo redefine constantemente en un juego de ilusiones. El Supremo no es un líder con control absoluto, sino un prisionero de su propia representación, condenado a verse a sí mismo una y otra vez en un bucle sin fin.

La imagen reflejada se vuelve una figura que exalta la autoridad, pero también la distorsiona, mostrando no al gobernante real, sino al mito que desea proyectar. Esta idea resuena con la noción de Foucault (1975) sobre el poder como un sistema de representaciones que no solo impone su dominio, sino que se alimenta de su propia repetición y refuerzo simbólico. El Supremo se convierte en su propia propaganda, en un líder cuya legitimidad no proviene de su acción política, sino de la perpetuación de su imagen en los discursos oficiales y en los rituales de poder.

Esto termina convirtiéndose en una paradoja del poder: mientras más absoluto cree que es, más se aleja de la realidad y más dependiente se vuelve de las ilusiones que crea. Aquí se evidencia la fragilidad inherente al autoritarismo, donde el líder, en su intento por consolidar su dominio, se vuelve prisionero de su propia representación. La imagen del

espejo no es solo un reflejo, sino un símbolo del deterioro progresivo de su capacidad para gobernar.

Por lo tanto, la cámara de espejos en *Yo el Supremo* representa no solo la distorsión del poder, sino también su progresiva disolución en la imagen. El dictador, atrapado en su propio reflejo, encarna la ironía de todo régimen totalitario: su autoridad, en lugar de estar basada en la realidad, se sustenta en la repetición de una imagen que, al multiplicarse, se vacía de significado.

El espejo como reflejo de la dualidad

El espejo emerge como un símbolo cargado de significado, que permite explorar la complejidad psicológica y las tensiones internas del protagonista. En el fragmento "Yo, aquí, hecho un espectro. Entre lo negro y lo blanco. Entre el gris y la nada, viéndome doble en el embudo del espejo" (Roa Bastos, 1974, p. 81), el espejo refleja más que una imagen física; se convierte en un escenario donde se confrontan las múltiples dimensiones de la identidad del Supremo. La frase "viéndome doble en el embudo del espejo" alude a la fragmentación de su ser, donde cada reflejo expone una faceta distinta de su personalidad: el hombre privado y el gobernante público, el individuo con emociones humanas y el símbolo del poder absoluto. Esta duplicidad revela una lucha interna constante entre lo que el Supremo verdaderamente es y lo que su posición lo obliga a representar, dejando en evidencia la fractura de una identidad unificada.

El uso del término "entre lo negro y lo blanco" en este pasaje subraya un espacio liminal en el que el Supremo se encuentra atrapado. Lo negro y lo blanco representan opuestos simbólicos: la claridad y la oscuridad, la moralidad y la inmoralidad, la justicia y la tiranía. Este contraste absoluto se difumina en el gris, que simboliza la ambigüedad y la contradicción inherentes a su existencia. El gris no es simplemente una mezcla de opuestos, sino la esencia de su identidad como gobernante que oscila entre el héroe que busca la justicia y el villano que ejerce la opresión.

La transición hacia "la nada" en el pasaje amplía la interpretación simbólica del espejo. Este vacío sugiere un colapso de las dualidades, un estado en el que los opuestos pierden su significado y el Supremo enfrenta su propia inexistencia. El espejo, en lugar de devolver una imagen coherente, proyecta la disolución de su ser en un abismo de incertidumbre, donde ni el poder ni la humanidad parecen definirse con claridad.

Por tanto, el espejo no solo refleja al Supremo como un hombre dividido, sino también como un ser atrapado en una tensión perpetua entre opuestos irreconciliables: entre el ser y la nada, entre lo humano y lo simbólico, entre la claridad de sus ideales y la oscuridad de sus acciones. Este símbolo se convierte en un vehículo narrativo que Roa Bastos utiliza para revelar la fragilidad y las contradicciones internas de una figura que, aunque representa el poder absoluto, no puede escapar a la confrontación consigo misma.

El simbolismo de la oralidad en la novela “Yo el Supremo” de Augusto Roa Bastos

La oralidad, como fenómeno cultural y comunicativo, ocupa un lugar central en la narrativa de Augusto Roa Bastos en “Yo el Supremo”, este recurso no solo refleja las tensiones entre el lenguaje escrito y hablado, sino que también constituye un vehículo simbólico de resistencia y construcción de memoria colectiva frente al poder hegemónico. El Supremo, en su afán de establecer su autoridad absoluta, se enfrenta constantemente a una paradoja: su propio discurso dictado, que proviene de la oralidad, debe ser transcrito para consolidarse como mandato escrito. Esta tensión revela la lucha entre el poder impuesto por la escritura y la inmediatez de la oralidad como una forma más auténtica y humana de comunicación.

La obra evidencia cómo la oralidad se erige como una herramienta que desafía las imposiciones de un sistema totalitario representado por el Supremo, cuestionando la hegemonía de la escritura como único medio legítimo de conocimiento y control. Aquí se evidencia una conexión con el silencio, pues aunque el dictador tiene el poder de hablar, su voz queda sujeta a la escritura, lo que paradójicamente lo reduce al mismo silencio que impone a los demás. Mientras dicta, su palabra pierde la espontaneidad de la oralidad y se convierte en un texto estático, distorsionado por el reflejo de la escritura.

La teoría postcolonial y su énfasis en la hibridación cultural, el cuestionamiento de las narrativas hegemónicas y la reivindicación de las voces subalternas proporciona un marco fundamental para comprender cómo la oralidad opera en la novela como un vehículo para desarticular las estructuras de poder coloniales y construir una narrativa alternativa. Por tanto, desde una perspectiva postcolonial, la oralidad en Yo el Supremo funciona como una herramienta de resistencia contra la imposición de estructuras discursivas coloniales. La teoría de la colonialidad del poder de Quijano (2000) sugiere que las lenguas de los pueblos

colonizados fueron subordinadas a las lenguas europeas, relegando la oralidad a una posición de inferioridad frente a la escritura. En la novela, Roa Bastos subvierte este paradigma al presentar la oralidad como un espacio de libertad y subversión.

En esta obra, la oralidad se manifiesta como un elemento esencial que desafía la hegemonía de la escritura, símbolo del poder colonial y del autoritarismo. Según Ángel Rama (1982), la escritura en América Latina fue introducida como un mecanismo de dominación cultural y política, asociada al control de las élites coloniales sobre los pueblos indígenas y afrodescendientes. En contraste, la oralidad representaba la vitalidad de las culturas originarias, cuya cosmovisión y tradiciones fueron relegadas a un segundo plano por la imposición de las lenguas europeas. En este sentido, Roa Bastos no solo expone esta tensión, sino que la problematiza al integrar en su narrativa el guaraní y las expresiones populares, creando una literatura que desafía las jerarquías culturales impuestas.

Uno de los aspectos más destacados en la novela es el uso de la oralidad como herramienta para desestabilizar la centralidad de la escritura. El Supremo, protagonista y narrador de la obra, declara en un momento: “Más el verdadero lenguaje no nació todavía. (...) Tendría que haber en nuestro lenguaje palabras que tengan voz. Espacio libre. Su propia memoria. Palabras que subsistan solas, que lleven el lugar consigo.” (p. 102). En esta reflexión, el Supremo critica la escritura como un sistema artificial que no puede capturar la esencia de la experiencia humana, al tiempo que reivindica la oralidad como un medio más auténtico y vivo. En esta reflexión, la escritura se vuelve un espejo que no refleja fielmente la realidad, sino que la distorsiona, es decir, el lenguaje escrito opera como un reflejo vacío que solo imita la oralidad sin poder reemplazarla. En este punto, la figura del espejo cobra especial relevancia, pues el lenguaje escrito funciona como una imagen que no tiene vida propia, sino que depende del dictado oral para existir, la lucha del Supremo por una "palabra que tenga voz" se puede interpretar como un intento por romper con esa imagen reflejada, buscando en la oralidad la autenticidad perdida.

Desde la perspectiva de Homi Bhabha, este énfasis en la oralidad puede interpretarse como un acto de resistencia cultural que desafía la autoridad epistémica de la escritura colonial y pone en valor las formas de conocimiento marginadas. Asimismo, la oralidad en Yo el Supremo no se presenta como una mera recuperación de las tradiciones indígenas o populares, sino como un espacio de hibridación cultural. Ángel Rama utiliza el concepto de transculturación para describir cómo las culturas colonizadas no solo adoptan elementos de la cultura dominante, sino que los resignifican y los integran con sus propias tradiciones. En la novela, esta dinámica se refleja en la integración del guaraní con el español, donde las

palabras y expresiones en lengua indígena no solo enriquecen la narrativa, sino que también desestabilizan las estructuras de poder asociadas al lenguaje colonial. Este proceso de transculturación literaria no implica una simple oposición entre oralidad y escritura, sino una intersección que da lugar a nuevas formas de expresión cultural.

Por otro lado, la oralidad opera como un espacio de resistencia simbólica frente al control absoluto que el Supremo ejerce mediante la escritura. Según Antonio Cornejo Polar (2003), la oralidad en las literaturas andinas y latinoamericanas es una expresión de la heterogeneidad cultural, donde lo oral y lo escrito coexisten en tensión constante. En la obra, esta coexistencia se manifiesta en la manera en que las voces del pueblo, narrativas orales y leyendas desafían la legitimidad de los decretos y escritos del Supremo, ofreciendo versiones alternativas de la realidad.

Roa Bastos inscribe a la oralidad en el discurso de los oprimidos, como señala Cornejo Polar, mostrando que "la palabra hablada no sólo complementa, sino que también subvierte el discurso oficial". Este enfrentamiento entre oralidad y escritura se refleja en pasajes donde los relatos populares sobre el Supremo contradicen la versión oficial que él mismo intenta consolidar mediante documentos y proclamas.

La oralidad en *Yo el Supremo* de Augusto Roa Bastos se configura como un mecanismo fundamental para explorar las dinámicas de poder, tanto desde su ejercicio como desde su resistencia. El uso de la palabra hablada en la obra no solo media las relaciones entre los personajes, sino que también se convierte en un campo de disputa entre el control autoritario y las formas subversivas de expresión.

En el monólogo del dictador, se destaca la imposición de su voz como la única válida en el ámbito del poder "Taparme la boca con la voz que los fulminó. Recubrirme en palabra, en figura" (*Yo el Supremo*, p. 10). Aquí, el Supremo reconoce que su voz no es solo un medio de comunicación, sino un símbolo de su autoridad, sin embargo, la paradoja es que su voz no existe sin el acto de la escritura que la legitima, es decir, el dictador no habla para ser escuchado, sino para ser escrito, atrapando su voz en el reflejo de un texto que, en última instancia, lo condena al silencio. En este sentido, este fragmento muestra cómo la voz del Supremo se presenta como un mecanismo de afirmación de su autoridad, mientras que las palabras de los demás son vistas como potenciales amenazas a su control. Según Walter Benjamin (1997), la oralidad, especialmente en contextos de dominación, opera como un espacio donde el poder busca consolidarse mediante la repetición de narrativas oficiales y la supresión de las historias disidentes.

Por otra parte, la obra refleja cómo el poder dicta quién puede hablar y quién debe callar, como lo ilustra el siguiente pasaje: "Se creen dueños de sus palabras en los calabozos. No saben más que chillar. No han enmudecido todavía" (Yo el Supremo, p. 9). Este uso del silencio coercitivo resalta la lucha entre la oralidad como instrumento de resistencia y su represión por el régimen autoritario. Aquí puede relacionarse con los planteamientos de Antonio Cornejo Polar (1994), quien argumenta que la voz de los subalternos en contextos coloniales y postcoloniales no solo resiste al lenguaje hegemónico, sino que también encuentra formas alternativas de narrar su experiencia, desafiando las imposiciones del poder central.

Así mismo, en la obra la oralidad no solo es un medio de control, sino también un espacio donde se resguarda la memoria colectiva. El Supremo reconoce la persistencia de las narrativas populares incluso bajo la represión: "Memoria de uno solo no sirve para nada" (Yo el Supremo, p. 10). Este reconocimiento sugiere que, a pesar de los intentos del régimen por monopolizar la palabra, las voces colectivas tienen una capacidad inherente para sobrevivir y transmitir historias y resistencias. Jung (1995) señala que la oralidad actúa como un puente entre lo consciente y lo inconsciente colectivo, permitiendo que las comunidades marginadas mantengan vivas sus identidades a través de relatos compartidos.

En un contexto postcolonial, la oralidad ha sido tradicionalmente el medio a través del cual las comunidades marginadas han preservado su historia, su identidad y su resistencia frente a la opresión. Walter Benjamin, en su ensayo *El narrador*, argumenta que las sociedades modernas han perdido la capacidad de transmitir experiencias a través de la narración oral, sustituyéndola por la información escrita y fragmentada. En la novela, Roa Bastos rescata esta dimensión de la oralidad al incorporar relatos populares, tradiciones orales y voces colectivas que dialogan con la narrativa oficial, cuestionándola y subvirtiéndola. Por ejemplo, las múltiples voces que conforman la novela, desde los pasquines hasta los testimonios orales, crean un espacio polifónico donde se confrontan diferentes perspectivas, desafiando la univocidad de la historia oficial.

En el pasaje "Parece que ahora no resta más alternativa que apostar al amo inglés o francés y a los que vengan después. Por mi parte no estoy dispuesto a tolerar semejantes marrullerías a ningún imperio sobre la tierra" (Yo el Supremo, p. 473), Roa Bastos critica abiertamente el colonialismo y los discursos de autoridad impuestos por las potencias hegemónicas. Según Quijano (2000), la colonialidad del poder se sustenta en la imposición de un sistema epistémico eurocéntrico que valida la escritura como única fuente legítima de conocimiento, mientras relega las formas orales al margen. En este contexto, la oralidad en la

novela se convierte en un medio para preservar las narrativas locales y desafiar los intentos del poder colonial por borrar la identidad cultural.

Asimismo, la ironía es utilizada como un recurso textual para subvertir los discursos hegemónicos. En la cita “Armaré una flotilla de barcos cargados hasta el tope. Los pondré bajo su mando y usted no parará hasta la Casa Blanca, quiero decir hasta la Cámara de los Comunes, a presentar esos productos, sus credenciales y mis demandas del reconocimiento de la independencia y soberanía de esta República [Paraguay]” (Yo el Supremo, p. 261), el Supremo expone las contradicciones del neocolonialismo y su impacto en las narrativas locales. Arturo Escobar (2003) argumenta que los discursos hegemónicos globales marginan las formas de conocimiento locales, como la oralidad, perpetuando la dependencia de las antiguas colonias. Roa Bastos, a través de esta cita, plantea una crítica mordaz a la dominación cultural y sitúa la oralidad como un medio alternativo para expresar la resistencia.

Esta afirmación, cargada de ironía, critica tanto el neocolonialismo como la imposición de estructuras de poder que perpetúan la desigualdad. Desde la teoría poscolonial, esta estrategia puede interpretarse como una subversión del lenguaje hegemónico, donde la ironía se utiliza para dismantelar las narrativas dominantes y proponer una visión alternativa.

La reflexión sobre el lenguaje se profundiza en “Más el verdadero lenguaje no nació todavía. (...) Tendría que haber en nuestro lenguaje palabras que tengan voz. Espacio libre. Su propia memoria. Palabras que subsistan solas, que lleven el lugar consigo” (Yo el Supremo, p. 15). Aquí, el Supremo cuestiona la capacidad de la escritura para capturar la esencia de la experiencia humana y resalta la riqueza de la oralidad como un lenguaje vivo. Walter Benjamin (2003) sostiene que la narrativa oral está intrínsecamente conectada con la experiencia vivida, mientras que la escritura tiende a abstraer y deshumanizar. En este sentido, la novela reivindica la oralidad como un vehículo para preservar la autenticidad cultural.

Por otra parte, Roa Bastos enfatiza la artificialidad de la escritura en “Voluptuosamente el papel se deja penetrar en las menores hendiduras. (...) Esto es representación. Esto es literatura. Representación de la escritura como representación” (Yo el Supremo, p. 53 - 54). Según Cornejo Polar (1994), la literatura latinoamericana refleja la tensión entre oralidad y escritura como formas de representación cultural. En este caso, Roa Bastos subraya la incapacidad de la escritura para trascender su condición de representación artificial, en contraposición con la inmediatez de la oralidad.

Otro aspecto clave del dialogismo en la novela es el enfrentamiento entre la oralidad y la escritura. La oralidad, representada por la voz del Supremo, busca imponerse como una forma de conocimiento más auténtica y dinámica, mientras que la escritura, representada por los documentos oficiales, aparece como una forma de control rígida y artificial. Esto se plasma en “Lo que te pido, mi estimado Panzancho [de Sancho Panza], es que cuando te dicto no trates de artificializar la naturaleza de los asuntos, sino de naturalizar lo artificioso de las palabras” (Yo el Supremo, p. 51), donde se observa que el Supremo reconoce la artificialidad de la escritura, pero al mismo tiempo intenta dotarla de la fluidez propia de la oralidad. Desde Bajtín, este intento de naturalizar la escritura es en sí mismo un acto dialógico, ya que implica una negociación entre dos formas de discurso en conflicto.

Así mismo, este fragmento refleja la búsqueda de un lenguaje híbrido que combine las cualidades vivas de la oralidad con la estructura de la escritura. Escobar (2003) y Cornejo Polar coinciden en que esta hibridez es esencial para superar las dicotomías coloniales y crear un espacio de representación más inclusivo.

El Supremo, al representar la oralidad, encarna también las contradicciones inherentes al poder autoritario. Aunque su discurso reivindica la oralidad como una forma de conexión con el pueblo y la vida, su régimen utiliza la escritura como un medio de control y dominación. Este dualismo pone de relieve lo que Edward Said (1978) describe cómo las contradicciones del discurso colonial, donde la exaltación de ciertos valores convive con prácticas opresivas que los contradicen. En *Yo el Supremo*, esta tensión se manifiesta en la relación del dictador con su secretario, Patiño, quien transcribe sus dictados y actúa como un puente entre la oralidad del Supremo y la escritura oficial, este personaje es la representación de los invisibilizados. Esta dinámica resalta la ambivalencia del poder, que necesita de la oralidad para legitimarse, pero depende de la escritura para perpetuarse.

Aquí, el Supremo parece reconocer la imposibilidad de reconciliar completamente la oralidad y la escritura. El intento de "naturalizar lo artificioso de las palabras" es un esfuerzo por devolverle a la escritura la viveza y espontaneidad de la oralidad, aunque en última instancia se trata de un proyecto condenado al fracaso. La escritura nunca podrá ser completamente oral, de la misma manera en que un espejo nunca podrá reemplazar el objeto que refleja.

Finalmente, Roa Bastos critica el carácter artificial de la escritura en “Ya es bien triste que nos veamos reducidos a envasar en palabras, notas, documentos, contradocumentos, nuestros acuerdos-desacuerdos. Encerrar hechos de naturaleza en signos de contranatura” (Yo el Supremo, p. 182). Este fragmento resume la lucha del Supremo con el lenguaje: mientras

busca un sistema de comunicación más auténtico, se da cuenta de que la escritura lo traiciona, convirtiéndose en una herramienta de alienación en lugar de un medio de conexión humana. En este sentido, el espejo de la escritura no solo distorsiona la oralidad, sino que también separa al Supremo de su propia voz, dejándolo atrapado en un reflejo vacío de su poder.

Benjamin (2003) destaca que la escritura, al despojar a los hechos de su dimensión humana, se convierte en un instrumento de alienación. La novela utiliza esta crítica para destacar la oralidad como una forma más auténtica de expresar la realidad vivida. La oralidad en *Yo el Supremo* se presenta como un proyecto utópico de escritura alternativa, donde el Supremo aspira a una escritura que incorpore la viveza y la autenticidad de la oralidad, superando las limitaciones de la escritura tradicional. Sin embargo, como señala Arturo Escobar, el lenguaje hegemónico no puede ser completamente desarticulado, ya que está profundamente arraigado en las estructuras de poder y conocimiento. En este sentido, la novela no solo expone las limitaciones de la escritura, sino también las dificultades inherentes a la reivindicación de la oralidad en un mundo dominado por la lógica colonial.

La interrelación entre el silencio y el espejo en el contexto del totalitarismo

El análisis de la interrelación entre los símbolos del silencio y el espejo en *Yo el Supremo* de Augusto Roa Bastos ofrece una ventana privilegiada para comprender las dinámicas del poder totalitario. En la narrativa, estos símbolos no solo operan de manera independiente, sino que se complementan para construir una visión crítica sobre los mecanismos de opresión, la corrupción y la inevitable decadencia del régimen de Gaspar Rodríguez de Francia.

El silencio, entendido como una herramienta de control y un espacio de introspección, permite explorar cómo el poder totalitario reprime las voces disidentes y aísla al líder de la realidad que lo rodea. Por su parte, el espejo actúa como un medio simbólico para confrontar las dualidades y contradicciones internas del dictador, reflejando tanto su imagen idealizada como las fragilidades que amenazan su autoridad. La interacción entre ambos elementos resalta las tensiones inherentes al autoritarismo, donde el afán de control absoluto se convierte en una fuerza autodestructiva.

Desde una perspectiva teórica, este análisis se enriquece al integrar los postulados de Carl Gustav Jung y Ernst Cassirer, quienes ofrecen herramientas clave para interpretar el simbolismo en la obra. Jung proporciona un enfoque psicológico, considerando los símbolos

como representaciones del inconsciente y sus conflictos, mientras que Cassirer resalta su capacidad para estructurar y transformar la realidad sociopolítica. Al aplicar estas perspectivas, es posible develar cómo el silencio y el espejo funcionan como mediaciones simbólicas que desarticulan las narrativas hegemónicas del poder, exponiendo su fragilidad y su tendencia hacia la descomposición.

De esta manera, el objetivo de este capítulo es analizar cómo el silencio y el espejo se complementan en el contexto del totalitarismo, no sólo como representaciones de los mecanismos de control y opresión, sino también como reflejos de la decadencia inevitable de un régimen construido sobre la represión, la desconexión y la autoalienación. Este enfoque permitirá comprender la profundidad con la que Roa Bastos aborda la crítica al poder y sus dinámicas en el ámbito político y psicológico.

El silencio

Ernst Cassirer (1998) plantea que los símbolos son herramientas esenciales para estructurar la realidad y otorgarle significado. En *Yo el Supremo*, el silencio se presenta como una forma simbólica que organiza las relaciones de poder en el régimen totalitario, el cual se utiliza como un medio para centralizar el control del discurso y consolidar la autoridad del Supremo. Sin embargo, este silencio no es un vacío, sino un símbolo cargado de significado que refleja las tensiones entre la opresión y la introspección.

Desde la perspectiva de Cassirer, el silencio en la novela no solo reprime las voces externas, sino que también mediatiza la experiencia interna del dictador, estructurando su relación con el poder. Al eliminar las voces disidentes, el silencio crea un espacio donde el Supremo puede proyectar su autoridad, pero también lo enfrenta a sus propias limitaciones y a la fragilidad de su régimen.

Según Arendt (2004), el totalitarismo se fundamenta en la eliminación de las voces disidentes y en la imposición de una narrativa única, controlada por el régimen. En *Yo el Supremo*, el silencio se convierte en una herramienta para lograr este propósito. Siguiendo la línea de análisis del pasaje anterior, el Supremo utiliza el silencio como un medio para centralizar el control de la narrativa, sofocando cualquier oposición y asegurando su dominio sobre la sociedad.

Para Arendt, esta supresión del lenguaje no solo priva a las personas de su capacidad para expresarse, sino que también elimina la posibilidad de interacción y deliberación, elementos esenciales para la vida política. En este sentido, el silencio en la novela no sólo

reprime, sino que despoja a la sociedad de su humanidad, reduciendo a los individuos a meros instrumentos del poder. Sin embargo, este acto de represión también tiene consecuencias para el propio dictador, quien, al imponer el silencio, se aísla cada vez más, atrapado en un entorno que carece de contradicciones o desafíos.

El espejo

Carl Gustav Jung (1995) considera que los símbolos son puentes entre el consciente y el inconsciente, y que tienen la capacidad de revelar dimensiones ocultas de la psique humana. En este sentido, el espejo en *Yo el Supremo* se presenta como un símbolo de introspección que obliga al dictador a enfrentarse a las tensiones internas de su ser. En el pasaje: “Yo, aquí, hecho un espectro. Entre lo negro y lo blanco. Entre el gris y la nada, viéndome doble en el embudo del espejo” (*Yo el Supremo*, p. 81), el Supremo experimenta un desdoblamiento, donde el espejo no solo refleja su imagen, sino también las dualidades que lo atormentan: entre el poder absoluto y la fragilidad humana, entre la omnipotencia proyectada y las inseguridades subyacentes.

Para Jung, este desdoblamiento es una manifestación de la sombra, una parte del inconsciente que contiene aspectos reprimidos o no reconocidos de la personalidad. El espejo, al confrontar al Supremo con su sombra, expone sus contradicciones internas y su alejamiento de la humanidad. Este proceso es intensificado por el silencio, que actúa como un catalizador que elimina las distracciones externas y fuerza al dictador a mirar hacia dentro.

El espejo, desde la perspectiva de Arendt, puede interpretarse como un símbolo de introspección que expone las contradicciones inherentes al poder totalitario. En el pasaje anteriormente citado, el Supremo se enfrenta a su reflejo, que revela no solo su apariencia física, sino también las dualidades y tensiones de su régimen. El espejo, en este contexto, actúa como un recordatorio constante de las contradicciones entre la imagen idealizada del dictador y la realidad corrupta y decadente de su poder.

Arendt sostiene que los regímenes totalitarios se caracterizan por su obsesión con la coherencia ideológica, lo que los lleva a negar cualquier forma de pluralidad o contradicción. Sin embargo, esta búsqueda de coherencia es inherentemente frágil, ya que se basa en la exclusión y la represión. En *Yo el Supremo*, el espejo expone esta fragilidad al confrontar al dictador con sus propias fallas, mostrándolo no como un líder omnipotente, sino como un hombre atrapado en un sistema que él mismo ha creado.

La interacción entre silencio y espejo

La conexión entre el silencio y el espejo en *Yo el Supremo* puede interpretarse como una dinámica simbólica que revela las contradicciones del poder totalitario. Mientras que el silencio aísla al dictador del mundo externo, el espejo lo obliga a confrontar su mundo interno, exponiendo las tensiones entre su imagen pública y su realidad privada.

El silencio y el espejo trabajan juntos para despojar al Supremo de su humanidad, transformándolo en un autómata atrapado en un ciclo de repetición y decadencia. En este sentido, el silencio no solo es un mecanismo de opresión, sino una forma en la que el poder se oculta a sí mismo. Mientras que el espejo es la metáfora de la distorsión de la realidad del Supremo, el silencio es la forma en que ese reflejo se impone en los otros: la ausencia de palabras como garantía del dominio. Es por esto que ambas figuras no pueden entenderse separadas, sino como un binomio en el que la represión y la construcción del poder se retroalimentan.

Desde la perspectiva de Jung, esta dinámica puede interpretarse como una confrontación con la sombra, donde el Supremo es obligado a reconocer los aspectos reprimidos de su psique, como sus temores, inseguridades y dudas sobre la legitimidad de su poder. Por otro lado, desde el enfoque de Cassirer, el silencio y el espejo actúan como formas simbólicas que mediatizan la experiencia del dictador, estructurando su relación con el poder y con su entorno.

El silencio en la obra opera como un mecanismo de dominio que impide la circulación de otras voces fuera de la del Supremo. Este silencio forzado no solo censura a los demás, sino que también acaba devorando al propio dictador. La paradoja aquí es que, aunque el Supremo parece tener el control absoluto sobre la palabra, el silencio que impone también lo condena al aislamiento. Su voz se convierte en un eco vacío dentro de un universo donde nadie puede hablarle con franqueza.

Un pasaje clave para entender esta idea es el siguiente:

"Ahora, el silencio es mi manera de hablar. Si entendieran mi habla-silencio podrían vencerme a su vez. Impenetrable sistema de defensa." (Roa Bastos, 1974, p. 329).

Aquí se revela cómo el silencio no solo es un mecanismo de opresión, sino también un escudo que protege al Supremo de la posibilidad de ser cuestionado. Sin embargo, este "habla-silencio" lo condena al ensimismamiento, a un vacío en el que su voz se convierte en

una repetición sin interlocutores reales. Este encierro en su propio discurso se conecta directamente con la idea del espejo, ya que el Supremo solo se ve a sí mismo reflejado en sus palabras, sin ninguna posibilidad de diálogo con el otro.

Mientras la imagen del espejo en la novela no sólo remite a la introspección, sino a la distorsión de la realidad que el Supremo construye en su ejercicio de poder. A medida que la figura del dictador se consolida en su propio relato, la realidad externa se fragmenta en múltiples versiones que nunca pueden coincidir con la verdad. Esto lo encierra en una cámara de reflejos donde la imagen de su autoridad parece multiplicarse, pero en realidad es un síntoma de su propio aislamiento.

Un pasaje clave en la obra para entender esta idea es: "En esta perfecta cámara de espejos no se sabría cuál es el objeto real. Por lo tanto no existiría lo real sino solamente su imagen." (Roa Bastos, 1974, p. 346). Aquí, el Supremo se enfrenta a la fragilidad de su poder: el dominio absoluto que intenta imponer no es más que una ilusión sostenida por la imagen que proyecta. El espejo no solo lo refleja, sino que lo fragmenta en múltiples versiones de sí mismo, evidenciando que su identidad se encuentra atrapada en la construcción del mito de su figura. Es decir, el Supremo no es un solo individuo, sino una acumulación de discursos, reflejos y narrativas que han sido moldeadas por el poder y la historia.

La interrelación entre el silencio y el espejo también ofrece una crítica al poder totalitario como un sistema que busca controlar tanto el lenguaje como la percepción de la realidad. Según Jung, los símbolos son herramientas que permiten explorar dimensiones más profundas de la experiencia humana, y en el caso de *Yo el Supremo*, el silencio y el espejo revelan las dinámicas psicológicas que subyacen al régimen totalitario. Estas dinámicas incluyen la represión de las voces disidentes, el aislamiento del líder y la autodestrucción del poder.

Cassirer, por su parte, argumenta que los símbolos no son meras representaciones de la realidad, sino que tienen la capacidad de transformarla. En *Yo el Supremo*, el silencio y el espejo no solo reflejan las tensiones del poder totalitario, sino que también las estructuran, mostrando cómo el régimen se sostiene sobre una narrativa simbólica que eventualmente se desmorona bajo su propio peso.

Desde la perspectiva de Arendt, el aislamiento es una de las características centrales del totalitarismo. Mientras que el silencio elimina las voces externas, el espejo refleja las tensiones internas del dictador, creando un ciclo de alienación que deshumaniza tanto al líder como a la sociedad que gobierna. Este aislamiento, según Arendt, no solo es una estrategia de

control, sino también una forma de autodestrucción. Al eliminar la pluralidad y la interacción, el dictador se ve atrapado en un estado de alienación que lo desconecta tanto de los demás como de sí mismo. En *Yo el Supremo*, esta desconexión se manifiesta en la obsesión del dictador con la escritura, que se convierte en un acto vacío y repetitivo, como lo muestra el pasaje: “Dentro de poco no quedará más que esta mano tiranosauria, que continuará escribiendo, escribiendo, escribiendo, aun fósil, una escritura fósil” (*Yo el Supremo*, p. 106). Al mencionar una "mano tiranosauria", el dictador se está viendo a sí mismo como una figura poderosa, pero cuya capacidad real se ve reducida. Los brazos del dinosaurio son una metáfora de su poder limitado y ya moribundo, lo cual refleja el envejecimiento, la decadencia de su cuerpo y su inevitable desaparición, pero también de su obstinada voluntad de seguir escribiendo, de persistir aún cuando ya no tenga capacidad.

Por otra parte, la invisibilización es una estrategia fundamental dentro de los sistemas de poder totalitarios, utilizada para negar la existencia de ciertos sujetos, discursos y narrativas que desafían la hegemonía dominante. En *Yo el Supremo*, el uso del silencio y del espejo como símbolos del poder no solo refleja la represión y el aislamiento, sino también la forma en que el Supremo busca borrar del mapa a aquellos que podrían desafiar su autoridad.

Desde la teoría postcolonial, la invisibilización es un proceso clave en la consolidación del poder colonial y postcolonial, donde las voces subalternas son silenciadas para evitar que su existencia y resistencia alteren la estructura hegemónica. Homi Bhabha (1994) señala que el lenguaje colonial no solo domina, sino que también excluye, creando un vacío donde la voz del otro es negada. En este sentido, la invisibilización en la novela se manifiesta tanto en la supresión de la palabra como en la distorsión de la realidad impuesta por el poder. El Supremo usa el silencio para hacer desaparecer a sus enemigos, no solo en el sentido físico, sino también en términos históricos y simbólicos. En el fragmento: "Su cadáver será enterrado en potreros de extramuros sin cruz ni marca que memore sus nombres" (Roa Bastos, 1974, p. 343), la eliminación de cualquier vestigio de los opositores es un acto de invisibilización total. Al negarles incluso una marca que registre su existencia, el Supremo no solo los elimina, sino que borra cualquier posibilidad de memoria o reivindicación futura.

Este mecanismo recuerda las estrategias utilizadas en las dictaduras latinoamericanas, donde los "desaparecidos" no solo eran asesinados, sino que sus nombres y cuerpos eran borrados de los registros oficiales, eliminando cualquier prueba de su existencia. Este acto de desaparición forzada es una de las formas más extremas de invisibilización, ya que no sólo

silencia la voz del otro, sino que también erradica la posibilidad de que su historia sea contada.

El espejo en la novela también opera como una herramienta de invisibilización, ya que distorsiona la percepción de la realidad y la identidad del Supremo. En el pasaje: "En esta perfecta cámara de espejos no se sabría cuál es el objeto real. Por lo tanto no existiría lo real sino solamente su imagen" (Roa Bastos, 1974, p. 346), se ilustra cómo el Supremo crea un mundo donde la única versión válida de la realidad es la suya, mientras que cualquier otra perspectiva queda excluida, negada o tergiversada.

Desde la perspectiva de Edward Said (1978), este fenómeno se relaciona con la construcción colonial del "otro", donde las potencias imperiales imponían una imagen distorsionada de los pueblos colonizados, negándoles la posibilidad de definirse por sí mismos. En *Yo el Supremo*, el dictador utiliza el espejo para reafirmar su imagen, pero en este proceso, invisibiliza las identidades y narrativas que no encajan con su visión de poder absoluto.

La invisibilización en *Yo el Supremo* no es solo un subproducto del autoritarismo, sino un mecanismo central para su funcionamiento. A través del silencio, el Supremo borra las voces que podrían desafiarlo, mientras que a través del espejo, distorsiona la realidad para consolidar su dominio. Sin embargo, esta estrategia de invisibilización no es infalible. Las voces reprimidas siguen existiendo en la oralidad, en los relatos populares, en la memoria colectiva que el Supremo no puede controlar completamente. Como señala Walter Benjamin (2003), las historias de los invisibilizados nunca desaparecen por completo, sino que resurgen en momentos de crisis, desafiando la narrativa impuesta por el poder. En este sentido, *Yo el Supremo* no solo expone la brutalidad del poder totalitario, sino que también resalta la resistencia de aquellos que, aunque invisibilizados, siguen existiendo en la sombra, esperando el momento para recuperar su voz y su lugar en la historia.

Silencio, espejo y oralidad

La oralidad en *Yo el Supremo* es mucho más que un simple recurso narrativo o una oposición a la escritura: es un elemento estructural que, en combinación con el silencio y el espejo, expone las tensiones del poder y las contradicciones del Supremo. La novela no solo pone en disputa la supremacía del lenguaje escrito, sino que también muestra cómo la oralidad se cruza con el silencio impuesto por el poder y con el reflejo distorsionado de la realidad que construye el espejo.

Oralidad y silencio: Una lucha por la voz

La oralidad en la obra no se manifiesta únicamente en los diálogos o en la transcripción de los discursos del Supremo, sino que se vincula directamente con la represión del silencio. El Supremo, aunque se presenta como el dueño de la palabra, es al mismo tiempo quien impone el silencio como una estrategia de poder. La paradoja radica en que su discurso autoritario no permite ninguna otra voz, por lo que la oralidad, en lugar de ser un espacio de comunicación, se convierte en un monólogo cerrado.

Un fragmento que evidencia esta contradicción es: "Se creen dueños de sus palabras en los calabozos. No saben más que chillar. No han enmudecido todavía." (Roa Bastos, 1974, p. 9). Aquí se observa que la oralidad de los prisioneros es percibida como una amenaza para el control del Supremo. La única forma en la que él puede consolidar su poder es reduciendo esas voces al silencio. Sin embargo, esta represión tiene una consecuencia inesperada: al sofocar toda forma de oralidad ajena a su discurso, el Supremo se condena a sí mismo a hablar solo, sin una contraparte real que le responda.

Contrario a lo que podría pensarse, el silencio en la novela no es solo ausencia de palabra, sino un espacio de diálogo, donde lo no dicho también construye significado, en este pasaje se observa cómo el silencio y la oralidad entran en una relación de tensión dialógica. El Supremo no solo busca imponer su control sobre la palabra, sino que también se enfrenta a los silencios rebeldes de sus prisioneros, los cuales, aunque no hablan, expresan resistencia a través de su mutismo. Desde Bajtín, el silencio en este contexto no es una simple omisión, sino una respuesta implícita dentro de un intercambio dialógico. La resistencia de los prisioneros se manifiesta en su negativa a producir un discurso que reafirme el poder del Supremo, lo que genera un conflicto en el que el silencio adquiere un significado propio.

Esta perspectiva se refuerza en el fragmento: "Ahora, el silencio es mi manera de hablar. Si entendieran mi habla-silencio podrían vencerme a su vez. Impenetrable sistema de defensa" (Roa Bastos, 1974, p. 329). Aquí, el Supremo concibe su silencio no como ausencia de comunicación, sino como una estrategia discursiva. Sin embargo, este "habla-silencio" también está en diálogo con los silencios impuestos a otros, lo que evidencia la tensión entre el silencio como herramienta de poder y el silencio como resistencia.

Esto se conecta con la visión de Walter Benjamin sobre la oralidad en los regímenes autoritarios. Según Benjamin, la narración oral permite la transmisión de la experiencia, mientras que la escritura oficialista busca imponer una única versión de los hechos. En este sentido, la oralidad en la novela es un espacio de resistencia que el Supremo no puede

controlar completamente, lo que lo obliga a recurrir al silencio como estrategia de dominación.

Oralidad y espejo: La distorsión de la verdad

El espejo en *Yo el Supremo* no solo representa la introspección, sino también la forma en que el poder se refleja y se distorsiona. La oralidad, en este contexto, es el único medio que podría ofrecer una versión más genuina de la realidad, pero el Supremo, obsesionado con el control, la manipula para que se convierta en una extensión de su imagen.

Un pasaje clave es el siguiente: "En esta perfecta cámara de espejos no se sabría cuál es el objeto real. Por lo tanto no existiría lo real sino solamente su imagen." (Roa Bastos, 1974, p. 346). Este fragmento refuerza la idea de que la oralidad, al ser filtrada y controlada por el Supremo, pierde su autenticidad, el espejo multiplica las versiones de la realidad, pero todas esas versiones están controladas por la voz del dictador. En otras palabras, la oralidad en la novela está atrapada en una estructura de espejos donde cada voz que se escucha es solo un reflejo del discurso dominante.

El Supremo, lejos de ser un sujeto unitario y coherente, se enfrenta constantemente con versiones alternas de sí mismo, lo que impide una identidad monológica, aquí, el Supremo no puede distinguir entre lo real y lo reflejado, lo que sugiere que su identidad no es única, sino un producto de múltiples discursos en constante interacción. Desde la teoría bajtiniana, esto se vincula con la idea de que el significado nunca es absoluto ni fijo, sino que se construye en la interacción entre diferentes voces. En el caso del Supremo, su imagen reflejada en el espejo es un eco de los discursos de poder que él mismo ha impuesto, pero que al mismo tiempo lo cuestionan y lo confrontan.

Desde la perspectiva de Homi Bhabha, esta multiplicación de reflejos es una estrategia propia del discurso colonial. Bhabha sostiene que los sistemas de poder no sólo imponen el silencio, sino que también crean versiones distorsionadas de la realidad para reforzar su legitimidad. En *Yo el Supremo*, el dictador no solo elimina las voces que lo contradicen, sino que también se asegura de que la oralidad existente sea una repetición de su propia imagen.

El espejo en la novela no es solo un objeto físico, sino un elemento simbólico que multiplica la identidad del Supremo, generando un juego de voces internas. En el pasaje: "Emparedado en tu cóncavo espejo, has visto y seguirás viendo a un tiempo, repetido en sucesivos anillos hasta el infinito..." (Roa Bastos, 1974, p. 345), se observa una fragmentación del yo que impide la construcción de una identidad fija. Desde Bajtín, esta

multiplicidad de reflejos puede entenderse como una metáfora de la heteroglosia, es decir, la coexistencia de múltiples voces dentro de un mismo discurso.

Por consiguiente, la oralidad en *Yo el Supremo* está en constante tensión con el silencio y el espejo. Si bien la palabra hablada parece ser un espacio de resistencia, en la novela se observa cómo el Supremo la manipula, la encierra en su propio discurso y la convierte en una prolongación de su dominio. Al mismo tiempo, el silencio se vuelve un arma de control, sofocando cualquier voz que intente desafiar su autoridad.

La postcolonialidad en “Yo el Supremo”: Poder, lenguaje y resistencia

La teoría postcolonial se enfoca en analizar las estructuras de poder impuestas por el colonialismo y cómo estas continúan manifestándose en la modernidad, influyendo en la cultura, la identidad y el lenguaje. En *Yo el Supremo*, esta dinámica se evidencia en la manera en que el Supremo enfrenta las tensiones entre la escritura y la oralidad, entre la imposición del español y la presencia del guaraní, entre el dominio de la narrativa oficial y las voces marginales que intentan resistir.

Desde la perspectiva de Edward Said (1978), el colonialismo no solo se sostuvo por la fuerza, sino también a través del discurso, mediante la construcción de narrativas que justificaban el sometimiento de los pueblos colonizados. En la novela, el Supremo busca controlar el discurso de la historia, imponer su propia versión de los hechos y silenciar cualquier voz disidente, replicando así las estrategias discursivas del colonialismo.

Aníbal Quijano (2000) introduce el concepto de "colonialidad del poder", que se refiere a la permanencia de estructuras coloniales en la sociedad, incluso después de la independencia política. Uno de los principales mecanismos de esta colonialidad es el silenciamiento de las voces indígenas y populares, una estrategia que el Supremo replica dentro de su régimen.

En el fragmento: "Se creen dueños de sus palabras en los calabozos. No saben más que chillar. No han enmudecido todavía" (Roa Bastos, 1974, p. 9), se evidencia cómo el Supremo percibe el lenguaje de los oprimidos como una amenaza. Este temor al habla de los subordinados refleja una de las características centrales de la colonialidad del poder: la necesidad de imponer un orden discursivo que legitime la autoridad y excluya las voces subalternas.

Desde la teoría postcolonial, esto se relaciona con el control del lenguaje como un medio de dominación. Al igual que los colonizadores impusieron sus lenguas para reemplazar

y marginalizar las lenguas indígenas, el Supremo impone su discurso para erradicar cualquier otra narrativa que lo contradiga. Este control del silencio también se manifiesta en la eliminación de la memoria de los opositores: "Su cadáver será enterrado en potreros de extramuros sin cruz ni marca que memore sus nombres" (Roa Bastos, 1974, p. 343). Aquí, la represión no se limita a la eliminación física, sino que busca erradicar toda huella de existencia de aquellos que desafían el poder, una estrategia que recuerda las prácticas coloniales de borrar la historia de los pueblos sometidos.

En el contexto postcolonial, el espejo en la novela no solo refleja la introspección del Supremo, sino también la lucha por definir una identidad propia en un espacio marcado por las huellas del colonialismo. Homi Bhabha (1994) introduce el concepto de "hibridez cultural", que describe cómo las sociedades colonizadas no solo adoptan elementos de la cultura dominante, sino que los transforman en una nueva identidad híbrida. En *Yo el Supremo*, este proceso se observa en la manera en que el dictador intenta apropiarse de los símbolos del poder colonial, pero termina atrapado en una identidad fragmentada.

En el fragmento: "En esta perfecta cámara de espejos no se sabría cuál es el objeto real. Por lo tanto no existiría lo real sino solamente su imagen" (Roa Bastos, 1974, p. 346), se muestra cómo el Supremo intenta consolidar su autoridad a través de la repetición de su imagen, pero esta imagen está basada en una estructura de poder heredada del colonialismo. La "cámara de espejos" simboliza la construcción artificial de un poder que no tiene un fundamento real, sino que se sostiene en la ilusión de autoridad.

Desde la perspectiva de Bhabha, esto refleja el problema de las élites postcoloniales, que buscan imitar las estructuras de poder coloniales, pero terminan atrapadas en una identidad que no es ni completamente autóctona ni completamente colonial. El Supremo, en su obsesión por consolidar su dominio, no sólo reproduce las estrategias de control del discurso y la memoria que caracterizaron el colonialismo, sino que también se enfrenta a la imposibilidad de sostenerlas indefinidamente. Su identidad está fragmentada entre la imagen que proyecta y la realidad de su poder, al igual que muchos líderes postcoloniales que, tras la independencia, reprodujeron sistemas de dominación similares a los de sus antiguos opresores.

Crítica al totalitarismo: el silencio y el espejo como metáforas de la decadencia

Arendt argumenta que el totalitarismo, en su búsqueda de control absoluto, está destinado a desmoronarse debido a sus propias contradicciones internas. En *Yo el Supremo*, el silencio y el espejo simbolizan esta decadencia, mostrando cómo el poder totalitario, en su intento de eliminar la diversidad y la espontaneidad, se destruye a sí mismo. El silencio, al sofocar las voces externas, priva al régimen de la crítica y el cuestionamiento necesarios para su sostenibilidad. El espejo, al reflejar las contradicciones del dictador, revela las tensiones que eventualmente conducirán a su caída.

La conexión entre el silencio y el espejo culmina en una representación de la decadencia del régimen. Mientras que el silencio elimina cualquier posibilidad de resistencia externa, el espejo expone las tensiones internas que eventualmente conducen al colapso del poder, siendo el espejo el que simboliza la dualidad y la inevitabilidad de la decadencia del régimen. Esta dualidad no solo se aplica al dictador, sino también al sistema político que representa, que, al eliminar la pluralidad, se ve atrapado en un ciclo de autoengaño y autodestrucción. Desde la perspectiva de Jung, esta decadencia es el resultado de la incapacidad del dictador para integrar su sombra, lo que lo lleva a un estado de fragmentación interna. Cassirer, por otro lado, ve en esta decadencia la fragilidad inherente de los sistemas simbólicos que buscan imponer una narrativa única sobre la realidad.

Conclusión

La obra "Yo el Supremo" de Augusto Roa Bastos se erige como un espacio literario profundamente simbólico que cuestiona y desentraña las dinámicas del poder totalitario. A través de los símbolos del silencio y el espejo, la novela desarrolla una crítica compleja y multifacética que abarca no sólo los mecanismos de control y opresión inherentes a los regímenes autoritarios, sino también las contradicciones internas, los conflictos psicológicos y la inevitable decadencia del poder absoluto. Estos símbolos no actúan de manera aislada, sino que se entrelazan para ofrecer una visión integral de la descomposición del autoritarismo desde perspectivas tanto individuales como colectivas.

El análisis del silencio en la novela revela su rol como una herramienta de represión que permite consolidar y perpetuar el dominio del Supremo sobre su entorno. Desde las primeras páginas, el silencio se presenta como un mecanismo de control, utilizado para acallar voces disidentes y centralizar la narrativa del poder. Este simbolismo trasciende la simple ausencia de sonido, operando como un reflejo de las dinámicas del autoritarismo, donde la supresión del lenguaje no solo elimina la posibilidad de resistencia, sino que también despoja a los individuos de su capacidad de agencia. Ernst Cassirer ofrece un marco teórico esencial para comprender este fenómeno, al considerar los símbolos como formas que estructuran y mediatizan la realidad. En "Yo el Supremo", el silencio se convierte en un espacio simbólico que organiza las relaciones de poder, reflejando tanto la opresión ejercida sobre la sociedad como el aislamiento que resulta de dicha opresión. A través de esta herramienta, Roa Bastos evidencia cómo los regímenes totalitarios se sustentan en la anulación del diálogo y la imposición de una verdad única.

Por otro lado, el análisis del espejo permite explorar las dimensiones introspectivas y psicológicas del poder totalitario. Este símbolo se presenta como un medio a través del cual el Supremo se confronta con su imagen, revelando las tensiones y dualidades que lo definen. El espejo, lejos de ser un reflejo pasivo, actúa como un catalizador para la autoobservación y la autocrítica, exponiendo la fragilidad del dictador detrás de la fachada de omnipotencia. Desde

la perspectiva de Carl Jung, el espejo puede interpretarse como una puerta hacia el inconsciente, donde el dictador debe enfrentar los aspectos reprimidos de su psique. Este encuentro con su sombra pone de manifiesto las contradicciones inherentes a su régimen, donde el afán de control absoluto se ve constantemente desafiado por las inseguridades y los temores que lo atormentan. La tensión entre la imagen idealizada del poder y la realidad corrupta y decadente del dictador se convierte en un tema central, destacando cómo el espejo, en su función simbólica, descompone las narrativas hegemónicas del poder.

La interrelación entre el silencio y el espejo es fundamental para comprender la crítica que Roa Bastos fórmula hacia el autoritarismo. Ambos símbolos trabajan en conjunto para desentrañar las dinámicas internas y externas del régimen del Supremo, mostrando cómo el poder absoluto no sólo oprime a quienes están bajo su dominio, sino que también deshumaniza al propio dictador. El silencio, al aislar al Supremo de su entorno, lo encierra en un espacio donde el único diálogo posible es consigo mismo. Este aislamiento, a su vez, es reforzado por el espejo, que refleja no solo su apariencia física, sino también las contradicciones que habitan en su interior. En este sentido, la conexión entre el silencio y el espejo subraya la paradoja del poder totalitario: en su intento de consolidar un control absoluto, el dictador se aísla de la realidad y se convierte en prisionero de su propia narrativa.

En "Yo el Supremo", estos símbolos también operan como herramientas de crítica sociopolítica, evidenciando las dinámicas de corrupción y decadencia inherentes al poder totalitario. A través del silencio, Roa Bastos denuncia la supresión de las voces colectivas y la imposición de una verdad única, destacando cómo estos mecanismos de control conducen a la fragmentación y al colapso de la sociedad. Al mismo tiempo, el espejo permite una reflexión más profunda sobre las tensiones internas del dictador, revelando cómo su obsesión por el poder lo lleva a desconectarse de su humanidad y de su entorno. En conjunto, estos elementos ofrecen una crítica incisiva al autoritarismo, mostrando cómo los regímenes basados en la represión y la autoimagen están destinados a desmoronarse bajo el peso de sus propias contradicciones.

El marco teórico de Ernst Cassirer y Carl Jung proporciona herramientas clave para interpretar la profundidad simbólica de estos elementos en la novela. Para Cassirer, los símbolos no son representaciones estáticas, sino formas dinámicas que estructuran la experiencia humana. En el caso del silencio, su análisis permite comprender cómo este símbolo organiza las relaciones de poder en el régimen del Supremo, actuando como un medio para consolidar su autoridad y controlar la narrativa. Por otro lado, Jung enfatiza la capacidad de los símbolos para conectar el consciente con el inconsciente, ofreciendo una

ventana hacia las dimensiones reprimidas y ocultas de la psique. Desde esta perspectiva, el espejo en *Yo el Supremo* se convierte en un reflejo de las tensiones internas del dictador, revelando los aspectos de su personalidad que intenta ocultar tanto a sí mismo como a los demás.

El análisis de la relación entre el silencio y el espejo también permite una reflexión más amplia sobre las dinámicas del poder y la resistencia. En la novela, el silencio no sólo opera como una herramienta de opresión, sino también como un espacio de resistencia subversiva. Los personajes subordinados al Supremo utilizan el silencio como una estrategia para evitar la represión, transformándolo en un acto de desafío pasivo. Al mismo tiempo, el espejo, como símbolo de introspección, revela las tensiones y contradicciones que minan el régimen desde dentro, destacando cómo el poder totalitario, en su intento de proyectar una imagen de invulnerabilidad, está plagado de fragilidades que eventualmente conducen a su decadencia.

Finalmente, la interacción entre el silencio y el espejo culmina en una representación de la decadencia del poder totalitario. A medida que el Supremo se aísla más y se obsesiona con su autoimagen, su régimen se desmorona bajo el peso de sus propias contradicciones. El silencio, que inicialmente opera como una herramienta de control, se convierte en un eco de la soledad y el vacío que define al dictador. El espejo, que refleja su imagen idealizada, termina exponiendo las tensiones internas que lo consumen. En este contexto, *Yo el Supremo* ofrece una crítica profunda y multifacética al autoritarismo, mostrando cómo los regímenes basados en la represión y la autoimagen están destinados a fracasar.

En conclusión, los símbolos del silencio y el espejo en "*Yo el Supremo*" de Augusto Roa Bastos se entrelazan para ofrecer una crítica incisiva al poder totalitario. A través del silencio, se evidencia la opresión y el aislamiento que sustentan el régimen del Supremo, mientras que el espejo revela las contradicciones internas y las tensiones psicológicas que descomponen al dictador desde dentro. Al integrar las perspectivas de Ernst Cassirer y Carl Jung, se puede apreciar cómo estos símbolos no sólo estructuran y mediatizan las relaciones de poder, sino que también exponen las dinámicas de corrupción, decadencia y resistencia inherentes al autoritarismo. De esta manera, la novela se posiciona como una obra fundamental para comprender las complejidades del poder y su crítica en el contexto literario y sociopolítico de América Latina.

Referencias bibliográficas

- Aguilera, F. E. (2021). Entre la oralidad y la escritura: una poética del poder en Yo el Supremo, de Augusto Roa Bastos. Connotas. Revista de crítica y teoría literarias, (22), 7-33.
- Arendt, H., Solana, G., (2004). Los orígenes del totalitarismo. Madrid: Taurus
- Aron, R., Viñas, C., (1968). Democracia y totalitarismo . Barcelona: Seix Barral
- Bajtín, M. (1986). Problemas de la poética de Dostoievski, trad. de Tatiana Bubnova, México, Fondo de Cultura Económica, 379 pp.
- Bajtín, M. (1999). Estética de la creación verbal, trad. de Tatiana Bubnova, México, Siglo XXI, 396 pp.
- Bajtín, M. (1986). *Estética de la creación verbal*. Siglo XXI Editores.
- Baudelaire, C. (2005). Correspondencias. En Las flores del mal (Trad. Luis Martínez de Merlo). Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1857)
- Benjamin, W. (2003). El narrador: Consideraciones sobre la obra de Nikolái Leskov. Akal.
- Bohr, N. (1928). The quantum postulate and the recent development of atomic theory. Nature, 121, 580-590.
- Bravo, P. (1998). Enfoque en la metodología cualitativa: sus prácticas, de investigación. Métodos de investigación en psicopedagogía.
- Cacioppo, J. T., y Hawkey, L. C. (2009). *Perceived social isolation and cognition. Trends in Cognitive Sciences*, 13(10), 447-454.
- Calero A. (2020). Aproximación teórica a la novela del totalitarismo en la Unión Soviética durante el estalinismo y el deshielo de Jruschov. Revista chilena de literatura, (101), 151-179.
- Calero, A. (2023). “La novela del totalitarismo. Aproximación a un subgénero inexplorado desde la noción de genericidad propuesta por Jean-Marie Schaeffer” Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, noviembre de 2023, vol. 12, n° 29, pp. 94-106.

- Carini, S. (2011). Deconstrucción del discurso histórico y reconstrucción de la memoria colectiva en *Yo el Supremo*, de Augusto Roa Bastos. Cuadernos de Aleph, (3), 39-56.
- Cassirer, E. (1963). Antropología filosófica: Introducción a una filosofía de la cultura. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cassirer, E. (1998). Filosofía de las formas simbólicas. El lenguaje, vol. 1. México: Fondo de Cultura Económica
- Chillón, A. (2000). La urdimbre mitopoética de la cultura. *Anàlisi. Quaderns de Comunicació i Cultura* 24: 121-159.
- Cornejo, A. (2003). Escribir en el aire. Centro de Estudios Literarios.
- Coutinho, E. F. (2021). Aspectos de la transculturación en América Latina: el caso del realismo maravilloso. *Revista de Culturas y Literaturas Comparadas*, (12).
- Dapaz, L. (2000). Historia y mito en *Yo, El Supremo*, de Augusto Roa Bastos. *Revista de literaturas modernas* (Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras), (30).
- Ebenstein, W. (1965). El totalitarismo. Nuevas perspectivas . Barcelona: Paidós
- Escobar, A. (2003). Mundos y conocimientos de otro modo. *Tabula Rasa*, 1, 51-86.
- Esquirol, J. M. (1991). Hannah Arendt y el totalitarismo: Implicaciones para una teoría política. *Convivium. Revista de Filosofía*, 1991, núm. 2, p. 123-142.
- Freud, S. (1915). *La represión*. En *Metapsicología*. Amorrortu Editores.
- Forti, S. (2008). El totalitarismo: trayectoria de una idea límite . Barcelona: Herder
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI Editores.
- Golluscio, E. (1977). Presencia y significación de la piedra en *Yo el Supremo*. *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, 89-95.
- Grosfoguel, R. (2007). Descolonizando paradigmas. En L. Castro-Gómez & R. Grosfoguel (Eds.), *El giro decolonial: Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (pp. 7-27). Siglo del Hombre Editores.
- Hernández, S. M. (2011). Dialogismo y alteridad en Bajtín. *Contribuciones desde Coatepec*, (21), 11-32. Disponible en: <https://revistacoatepec.uaemex.mx/article/view/23902>
- Hernández, R., Fernández, C., & Baptista, P. (2014). Metodología de la investigación (6.^a ed.). McGraw-Hill Education.
- Hernández, R., y Mendoza, C. (2018). Metodología de la investigación: Las rutas cuantitativa, cualitativa y mixta (1.^a ed.). McGraw-Hill Education.
- Hollander, J., & Einwohner, R. L. (2004). *Conceptualizing resistance. Sociological Forum*, 19(4), 533-554.

- Jung, C. G. (1995). El hombre y sus símbolos. Barcelona: Paidós.
- Kushigian, J. A. (2006). Culturas híbridas y análisis de las razas en Yo el Supremo de Augusto Roa Bastos. *Bulletin of Spanish Studies*, 83(4), 541-551.
- Lira, E. (1987). El espejo de Tezcatlipoca. EDAMEX. Universidad de Texas; Digitalizado 22 Oct. 2009. ISBN 9684093985, 9789684093980.
- Llovet, J. (2005). Teoría literaria y literatura comparada, Barcelona, Ariel, 463 pp.
- Orwell, G. (1945). La granja animal. Secker & Warburg.
- Orwell, G. (1949). 1984. Secker & Warburg.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder y clasificación social. CLACSO.
- Quiles, I. (2007). El hombre y la evolución según Aurobindo y Teilhard.
- Rama, Á. (1982). Transculturación narrativa en América Latina. México: Siglo XXI.
- Roa Bastos, A. (1974). *Yo el Supremo*. Siglo XXI Editores.
- Roniger, L., Senkman, L., Sosnowski, S., y Sznajder, M. (2021). Exilio, diáspora y retorno: Transformaciones e impactos culturales en Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay. Eudeba.
- Satz, M. (2019). Pequeños paraísos: el espíritu de los jardines (Vol. 81). Acantilado.
- Schapiro, L. (1981). El totalitarismo . México: Fondo de Cultura Económica
- Scott, J. C. (1990). *Domination and the arts of resistance: Hidden transcripts*. Yale University Press.
- Sola, S. (2014). Hacia una epistemología del concepto de símbolo Cinta moebio 49: 11-21. Disponible en: <https://scielo.conicyt.cl/pdf/cmoebio/n49/art02.pdf>
- Todorov, T. (2010). La experiencia totalitaria . Barcelona: Galaxia Gutenberg
- Torres, J. D. R. (2013). Una lectura del mito de Narciso: tragedia y fotografía. Hallazgos, 10(19), 33-46.
- Vargas, J. C. E. (2011). Los orígenes del totalitarismo de Hannah Arendt y la manipulación de la legalidad (el desafío totalitario de la ley). *Revista boliviana de derecho*, (11), 114-129.
- Wilson, T. D., y Dunn, E. W. (2004). *Self-knowledge: Its limits, value, and potential for improvement*. *Annual Review of Psychology*, 55, 493-518.
- Zevallos, J. (1996). Teoría poscolonial y literatura latinoamericana: entrevista con Sara Castro-Klarén. *Revista Iberoamericana*, 62(176-177), 963-971. Disponible en: <https://www.liverpooluniversitypress.co.uk/doi/epdf/10.5195/reviberoamer.1996.6271>